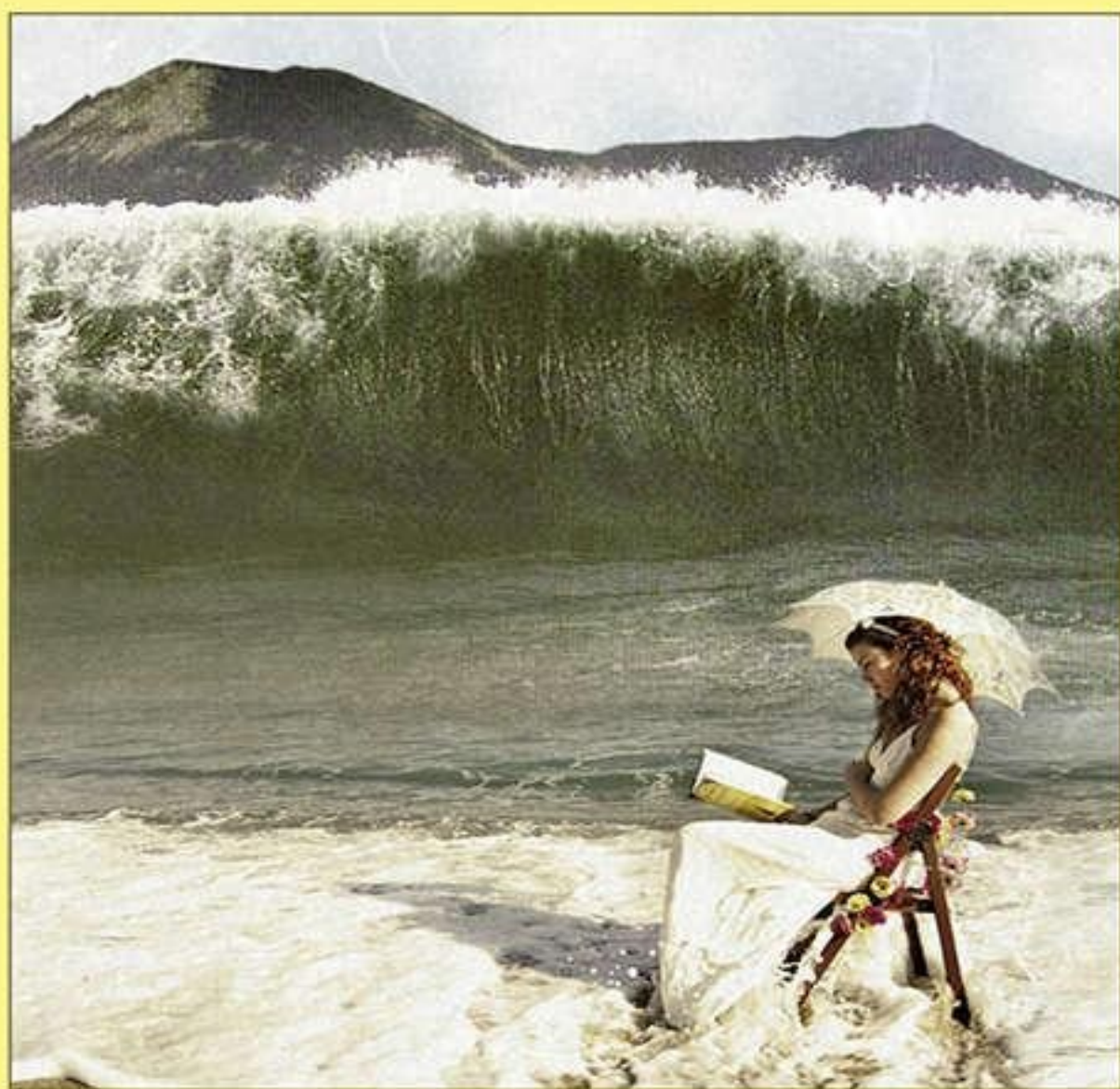


CHRISTINE ANGOT

*Una semana
de vacaciones*



Lectulandia

Una pareja ha alquilado una casa para pasar una semana de vacaciones. No parece nada especial, pero la pareja resulta no ser convencional (si es que realmente podemos considerarla pareja), ni tampoco su relación. De hecho, no hay nada convencional en lo que la autora nos deja ver al levantar el velo de su narrativa. La sumisión, el sometimiento, la violencia y el sexo descrito sin tapujos pero sin piruetas se abren paso en estas escasas páginas de las que no se puede decir nada más sin desvelar lo que ocultan.

Lectulandia

Christine Angot

Una semana de vacaciones

ePub r1.0
turolero 12.09.15

Título original: *Une semaine de vacances*

Christine Angot, 2012

Traducción: Rosa Alapont

Editor digital: turolero

Aporte original: Spleen

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Está sentado en el asiento de madera blanca del váter, la puerta se ha quedado entreabierta, tiene una erección. Riendo para sus adentros, saca de su envoltorio una loncha de jamón york que han comprado en el supermercado del pueblo y se la coloca sobre el sexo. Ella está en el pasillo, acaba de salir del cuarto de baño, camina, toma la dirección del dormitorio para ir a vestirse, él la llama, le dice que empuje la puerta.

—¿Has desayunado esta mañana? ¿No tienes hambre? ¿Quieres un poco de jamón?

Se arrodilla ante él, se mete entre sus piernas, que él ha separado para dejarle espacio, y atrapa con la boca un trozo de jamón, que mastica y después traga. Él devuelve el resto de la loncha al papel y le pide que vaya en busca de clementinas a la cocina, que le acaricie el sexo con los labios y luego deposite gajos encima, en equilibrio, que los vaya atrapando mientras le alisa el miembro y desliza la membrana de piel móvil a ser posible hasta el fondo, en todo caso lo más profundamente que pueda. A veces le reprocha que tenga la boca un poco demasiado pequeña. No se lo reprocha, pero le sorprende, lo lamenta. Le dice que es extraño, le pide que haga un esfuerzo, sobre todo que no utilice los dientes, que las mujeres siempre creen que es excitante que te mordisqueen, pero que no lo es. Mientras ella hace lo que le pide, él sonríe, recupera las gafas, que había dejado sobre el portarrollos, se las pone para captar mejor la escena que se desarrolla ante sus ojos, entre las rodillas separadas, se las ajusta sobre la nariz, a fin de no perderse detalle de los labios que aprietan el gollete de la botella, antes de tragarla aún más, con naturalidad, sin demasiado esfuerzo aparente, sin deformar las mejillas, pero de todos modos hasta sofocarse en su afán de llegar lo más lejos posible como él le pide, sin utilizar los dientes. Le dice que tenga cuidado, que le ha mordisqueado, aunque no lo haya hecho adrede. Ella continúa. Él le dice que levante la vista, sólo un momento, y que le mire. Está completamente desnudo, no lleva camisa, ni camiseta, nada, sólo el slip, caído en el suelo. Y los calcetines a fin de no tener frío en los pies al contacto con las baldosas. Le pide que se quite la toalla que al salir del cuarto de baño se ha enrollado en la cintura, y la camiseta. Ella se libera de la toalla, que cae al suelo, la utiliza como alfombra para las rodillas, que levanta, primero una y luego la otra, para deslizarla debajo. Él le acaricia las nalgas, las amasa un poco, acto seguido le quita él mismo la camiseta amarilla, que acababa de ponerse, tira de ella hacia arriba para quitársela por la cabeza sin que ella interrumpa su movimiento, o al menos el mínimo tiempo posible, lo justo para levantar la cabeza y dejar que la camiseta le resbale por el cuello, sin dejar de ir y venir con los labios por su miembro, sin aflojar la presión, a él le gusta que la presión sea intensa, un prieto abrazo, en torno al miembro en cuestión. Ella levanta los brazos, que tenía apoyados en el asiento del váter y rodeaban el cuerpo de él, su pelvis asentada, sus muslos aplastados sobre el borde, él retira con presteza la prenda amarilla, la tira al suelo, más allá de la puerta abierta de par en par al pasillo, a lo lejos, como un estandarte, que casi alcanza, tan dinámico es el

lanzamiento, la puerta de entrada de la casa, situada frente al aseo, y aterriza a pocos centímetros de la ranura del buzón, en el lugar por donde se entra calzado, con los pies embarrados visto el estado del suelo en el exterior. Ella acababa de ponérsela, está limpia, la ha sacado de la maleta. Él le pide que introduzca la mano en la taza, sin hacerse daño en la muñeca, y le agarre por debajo los testículos, que cuelgan en el vacío, por encima del agua en la que ha orinado antes de llamarla para decirle que empujara la puerta.

Ella lo hace y luego vuelve a apoyar la mano en el asiento. A fin de tocarle los senos, él se inclina, la cabeza de ella se encuentra atrapada entre sus muslos, y su propio torso agachado hacia delante, le presiona la coronilla con el vientre, con el que ella tropieza cuando avanza la cabeza para poder chuparle hasta el fondo, tal como le pide. Él le habla de sus grandes pomelos, le dice que los prefiere a los limoncitos de su mujer, pero que por otra parte también los senos diminutos pueden ser conmovedores, como los de su amante, por ejemplo, estudiante de Ciencias Políticas. La estudiante en cuestión se llama Marianne. La ve con mucha regularidad, habla de ella con frecuencia. Cuanto dice de ella, casi todo lo que dice, es positivo. A propósito de su mujer se muestra más variable, dice que tiene una gran nariz, un rostro bastante alargado, un poco como tallado con cuchillo, pero que tiene un culo bonito. En cambio, cuando habla de su sexo adopta expresiones de asco. Dice que huele a pescado podrido, que es insoportable. Le habla asimismo de una tal Frida, que también tiene unos senos como pomelos, pero no tan firmes, no tan buenos para manosear. Habla al tiempo que le demuestra, mediante los dedos en su carne, cuánto aprecia la elasticidad de la materia que está calibrando. Ella nota que se empalma todavía más en su boca. Lo cual no alivia precisamente los calambres de sus mejillas, en especial de los maxilares, allí donde la articulación es requerida. Él le masajea, le palpa los senos, cuando cosquillea el pezón, eso le molesta, la desconcentra, querría que parase. No se interrumpe para liberar la boca y decirle que le molesta, continúa, se dice que de todos modos no tardará en volver a la parte carnosa de los senos, para tomarlos a manos llenas, y que por lo tanto no vale la pena dejar de chuparle para volver a empezar pocos segundos después, tras haber ralentizado el proceso general y tal vez comprometido su culminación. De todas formas, probablemente dejará de tocarle los senos, porque eso le obliga a inclinarse hacia delante para alcanzarlos, a doblarse, y como está sentado en el váter, y ella arrodillada entre sus piernas sobre las baldosas, eso le obliga a permanecer encorvado demasiado rato, sin duda no se quedará así, apretándole la coronilla con el vientre echado hacia delante, lo que restringe la libertad de movimientos sobre su miembro. Al menos la amplitud. Dentro de poco, la parte baja de los riñones le tirará y tendrá que incorporarse para descansar, seguramente incluso se pegará a la tapa del váter, que sirve de respaldo y al mismo tiempo protege del contacto con la loza de la cisterna. Aunque, todo hay que decirlo, parece aguantar. Sigue doblado en dos, con los brazos colgando a uno y otro lado del asiento de madera blanca, para alcanzar sus senos, muy redondos, muy

firmes, muy turgentes, con el pezón todavía endurecido por el chorro de agua fría con el que, como siempre, ha terminado su ducha, forzosamente algo endurecido también por las caricias, de manera mecánica, anatómica, refleja, como si alguien estuviera oprimiendo la punta de su seno como se aprieta un interruptor eléctrico y la corriente respondiera. Tal como esperaba, él deja de cosquillearle el pezón, y recoge los globos en sus manos como si los sopesara. Dice: «¿Crees que unos pomelos tan grandes como éstos se venderían bien en el mercado? Sigue. Sobre todo no me contestes, sigue. Sigue, ante todo no pares, está muy muy bueno, sigue. No pares. Lo haces muy bien. Eres hábil. Continúa, por favor. Está muy bien. Da gusto. Sigue. Está muy bien. ¿Disfrutas? Sobre todo no me contestes. Sobre todo no digas nada. Hazme una señal, mueve la mano para decir que sí. Si te gusta agita la mano. Límitate a levantarla. Levántala, por favor. Si te gusta levántala. ¿Te gusta? ¿Vas a levantarla?». Ella retira la mano izquierda del borde del asiento de madera, donde la tenía apoyada, lo que la ayudaba a mantener el equilibrio sobre las rodillas, gracias a la simetría con la mano derecha, apoyada en el otro lado, pese a la inclinación hacia delante y la poca estabilidad de la posición en conjunto, puesto que debe adelantar el busto lo más posible hacia el borde de la taza a fin de que la boca llegue a contener la máxima longitud de miembro, siempre con suavidad, sin utilizar los dientes, lo más posible hasta el fondo, y utilizando la lengua en el interior de la boca para hacer caricias suplementarias y dar vueltas alrededor del miembro como una bandera que ondea en torno a su asta. Levantar la mano izquierda la desequilibra un tanto, lo compensa apretando un poco más los músculos de las nalgas, contrayendo los muslos, lo que le permite no inclinarse hacia la derecha, no verse desviada por el peso del hombro hacia el lado donde la mano ha seguido aferrada al borde de madera blanca del asiento, bajo las nalgas de él. Una vez que ha hecho la señal, descansa la mano izquierda y vuelve a agarrarse sólidamente, con ambas manos, a uno y otro lado de la tapa, doblando los dedos con firmeza en torno a la plancha de madera blanca que recorre la circunferencia de la taza y sirve de apoyo a las nalgas de él, bajo las cuales encaja el borde interior de las manos para evitar que resbalen sobre la madera y para que, por el contrario, permanezcan adheridas a la tapa por el efecto gomoso de la carne de las palmas, algo húmedas, que hacen ventosa desde que las tiene pegadas a la madera, en parte comprimidas bajo el borde exterior de los muslos de él, que sirven de peso, de adhesivo, e impiden que resbalen, y en parte aferradas o simplemente apoyadas en la madera blanca por lo que respecta al borde exterior de las manos. En cuanto a las puntas de los dedos, las tiene dobladas, y en función de los movimientos de él, que no son ni fijos ni determinados sino que dependen de lo que sus manos quieran acariciar y cómo, los nudillos de las falanges pueden golpear contra la dureza del asiento, en última instancia chocar ligeramente con éste, apenas, al menos mientras él está inclinado hacia delante. Cuando él se incorpore para recostarse, porque acabará por notar que la parte inferior de la espalda le tira y se servirá de la tapa como respaldo, ya que habrá decidido echarse hacia atrás, en ese momento las

manos de ella pueden quedar algo aplastadas, pero entonces bastará con que las desplace hacia un lado. Por el momento, no es ése el caso. Él sigue inclinado hacia delante, sopesando el seno que tiene en la mano, y que hace saltar en el hueco de la palma como una bola de masa que no se pegase a las manos, como si hiciera brincar ligeramente los senos en su interior, como pelotas de tenis, o de malabarista, o como melones, en verano, tal como hace la gente en el mercado para elegir el que se llevarán, según el peso, considerando que cuanto más pesa, mejor se supone que es, contrariamente a los que arriman la nariz fiándose del aroma que inhalan, y a los que tiran del rabillo para ver si está a punto de caer y deducen que el fruto está maduro según éste se desprenda de la corteza o no, si se desprende cuando tiran de él, el melón está maduro y listo para ser consumido. Él sopesa un seno, luego el otro, los dos alternativamente, haciéndolos saltar en la mano, como si sopesara un ovillo de lana para notar su redondez y, hundiendo los dedos en la misma bola, la suavidad de los hilos, en los intervalos entre un dedo y otro y en el pliegue, dejándolos deslizarse golosamente entre ellos, a fin de comprobar sobre la piel la armonía de los colores. Él se interrumpe un momento, para coger papel higiénico del portarrollos y enjugar un poco de agua que le ha quedado debajo de los senos, que tal vez no se ha secado bien. O sea, como en la lana, hunde los dedos en la carne maleable, que se deforma sin resistencia, según la presión que aplica y las zonas que sus manos eligen poner en juego, después oprimir, bambolear, volviendo los contornos del globo, la curva, la línea, tan imprecisos como pequeñas cúpulas de gelatina invertidas, un flan, un pastel poco cocido. Sopesa, levanta, amasa, y luego tira de ellos un poco. «¿Duele?». Tira un poco más fuerte. «Si duele, hazme una señal con la mano derecha, la mano derecha significa “es un poco desagradable”, la mano izquierda significa “está bien, no me haces daño”. ¿De acuerdo?». Tira de un seno y luego del otro. Después de los dos al mismo tiempo. Acto seguido vuelve a masajear, a sopesar. «Mmm». Ella para un momento. Recupera la respiración. «Sigue, te lo ruego, sigue sigue, sobre todo sigue». Ella se quita un pelo de la lengua. Lo más rápido que puede. Luego vuelve al asunto. Él avanza el sexo un poco más allá en su boca. «Sí sí sí, así, sigue, da gusto, lo haces bien. Sigue. Lo haces bien. Da mucho gusto. Ahora lo haces tan bien como Marianne, lo haces realmente bien. Lo haces bien, ¿sabes? Son estupendos esos grandes senos. Son preciosos. ¿Por qué llevas siempre jerséis tan grandes? Tienes un cuerpo bonito. Eres una mujer guapa, ¿sabes?». Amasa y luego, de repente, se inclina un poco más. Los hombros se le hunden otro poco. Deja caer los brazos, vuelve a adelantar el vientre y la espalda se le encorva un poco más, sin prestar atención a los riñones, que por lo general tiran cuando los fuerza, se dobla, se encorva, le aprieta la cabeza con el vientre y los muslos, la enmarca, para luego llevar la mano hasta debajo de los senos, y más abajo, al vientre de ella, cuyos pliegues atrapa, después los suelta, acaricia la piel alrededor del ombligo, antes de seguir bajando y hundirle un dedo en la vagina. Acto seguido se incorpora de inmediato, porque la posición es demasiado forzada. Los riñones le tiran. Le ha soltado los senos para aliviar los riñones, que le

tiran en exceso cuando se inclina hacia delante demasiado rato. Se echa hacia atrás, vuelve a apoyarse en la tapa levantada del váter, cierra los ojos, posa la mano en la cabeza de ella, pequeña bola morena y desgredada entre sus piernas, le hunde los dedos en el cabello, tiene un mechón de pelo atrapado en la comisura, metido entre los labios, se lo retira de la boca, descansa la mano en su coronilla, le arruga los cabellos con la palma de la mano, castaños, finos, los mezcla, los entremezcla, los abraza, después le presiona la coronilla para que trague un poco más. «Por favor». Luego: «Bien, ¿podríamos intentar hacer una cosa? No vamos a pasarnos todo el día en el aseo. Tendríamos que desplazarnos al dormitorio, pero sin que pares. ¿Te parece bien? Ven, vamos a probar. Está muy cerca. La cama está justo ahí. Sólo hemos de recorrer dos metros. Anda, vamos». La coge por debajo de los hombros, por las axilas, coloca ambas manos bajo sus brazos, a modo de muletas, para impedir que caiga, siempre pendiente de que no aparte la boca de donde aún la mantiene. No obstante, los labios de ella pierden el contacto con una parte del miembro, resbalan, se desplazan hacia atrás, mientras recupera el equilibrio sobre las piernas, ahora acucilladas. Ya no está de rodillas sobre la toalla. Ha apoyado en el suelo las plantas de los pies, primero una y después la otra, sus labios rodean justo el glande, la parte superior del sexo, pero pese a todo sigue haciendo lo que él le pide, no interrumpir el contacto era lo esencial, como una masajista que se desplaza alrededor de un cuerpo, durante todo el proceso del masaje, sin interrumpir el contacto entre las dos pieles, la de la palma de su mano y la de la persona tendida a la que está masajeando, ni siquiera para pasar de un lado al otro del cuerpo, de un brazo al otro, de una pierna a la otra, ni siquiera para rodear la camilla de masaje, una mano permanece plana entre los omóplatos, o sobre el vientre, según la postura de la persona, para no quebrar, ni perturbar, la toma de contacto ni reconstituir el aislamiento del cuerpo siquiera sea unos segundos. Él se levanta muy despacio del asiento. Despega los muslos del perímetro de madera blanca, desliza los calcetines por las baldosas, muy despacio, a fin de permitir que ella se desplace al mismo tiempo que él, que camina a paso lento pero de pie, mientras que ella avanza agachada, siempre con esa especie de tetina que no debe soltar y que la engancha a la parte inferior del cuerpo de él, se desplaza como un pato, acucillada, entre las piernas de él, ciñendo el glande con la boca, avanzando centímetro a centímetro hasta la puerta de la habitación, situada justo al lado del aseo. Pasan de perfil, para que ninguno de los dos se vea obligado a caminar hacia atrás en esa yunta ya de por sí arriesgada. Los baldosines grises y negros dejan paso a las losetas rojas del dormitorio, justo tras cruzar la frontera materializada por el marco de la puerta. Las losetas sobre las que él se desliza con los calcetines, y que ella martillea cojeando lentamente, como un pato, no tardan en verse cubiertas por la alfombrilla de la cama, situada en inmediata proximidad del objetivo del desplazamiento. Son de un rojo intenso, más o menos en forma de rombo, un poco labradas, un poco rústicas, o románticas, algo así como dos flores de lis unidas entre sí por la base. La habitación da a un jardín, pero las cortinas aún están medio corridas

por delante de los visillos. Los visillos son ligeramente grises. Por la tarde, las cortinas, amarillo y marrón, quedarán recogidas hacia los lados, sujetas por un alzapuño de la misma tela. Hay un gran armario de madera oscura, en cuyo interior han dispuesto sus cosas en unos estantes. Está abierto de par en par, es por la mañana, estaban vistiéndose. En el estante de él hay unos pantalones Lacoste a cuadros, pese a la estación, noviembre, otros de pana beige, unos pantalones clásicos, grises, de franela, dos o tres jerséis, camisas azul claro, polos de distintos colores, calcetines enrollados sobre sí mismos, en forma de puño, y slíps blancos, separados del resto. En el estante de debajo están las cosas de ella, hay unos vaqueros, una camisa india blanca con bordados color burdeos, un jersey de cuello alto color óxido, uno verde bastante holgado, que lleva con una camiseta de manga larga debajo, y un jersey de jacquard beige y rojo, grueso. Así como una bolsa de plástico donde guarda la ropa interior. Frente al armario se encuentra la bolsa de viaje de él, contra la pared, cerca de la ventana que da al jardín, y justo al lado de esa bolsa, sobre un pequeño secreter, guías Michelin, tres Guías Verdes, la de Isère, la del norte de Italia, la del Languedoc, y, abierta por la página del restaurante que reservó la víspera, marcada con una cinta del mismo color, la Guía Roja, que lleva consigo a todas partes, y que le permitirá durante su estancia no entrar en cualquier comedero. Le dice que va a tumbarse, que no tiene más que seguir su movimiento, que ya están llegando. Que mantenga bien la postura, y que deje los labios donde están. Ya casi han llegado. Pese a todo, ella abre la boca dos segundos. De todos modos, el desplazamiento le ha hecho perder un poco la erección. Habrá que volver a empezar. Ella sigue pellizcando el mango con los labios, aunque no tan apretados. Él no dice nada, las posturas son complicadas, se sienta en el colchón, luego se tiende, agarrándola bien por los brazos para ayudarla a auparse. Se arrastra de espaldas hacia el centro de la cama. Ella se deja remolcar. Vuelve a atraparle con la boca hasta el fondo, a él se le pone dura de nuevo. Entonces le propone hacer algo que nunca han hecho. «¿Te parece bien?». Puesto que están probando cosas... «Ya verás, está muy bueno, te gustará. Es para ti. Para tu placer». Le dice que gire sobre sí misma y se ponga en el otro sentido. En sentido contrario al de la cama, con la cabeza hacia la ventana y los pies hacia la pared. Los labios, por supuesto, siempre ciñendo el gollete de su sexo, pero en sentido inverso, en sentido inverso a él, para que estén pies contra cabeza, que sus nalgas queden a la altura del mentón de él, más o menos. Le dice que no se preocupe, que lo entenderá, él se lo explicará. Y que resulta muy agradable. Ya verá. Que está muy guapa, con sus grandes senos bamboleándose mientras pivota alrededor de su sexo sin soltarlo. Se pone como él le pide, en sentido contrario al de la cama, la cabeza hacia la ventana y los pies a la cabecera. Primero a gatas sobre él, después plana. Dice que así la ve bien. Que tiene un culo magnífico. Que sus dos grandes pomelos le cosquillean el pecho. «Mmm». Le dice que sí, que eso es. Que su cabeza debe encontrarse en la dirección del jardín, que incluso podrá contemplar el paisaje. Al girar en redondo, su mirada barre lo que rodea la cama. Divisa, en su mesilla de noche, el libro que está

leyendo, que él no conoce, nunca ha oído hablar de él, es una obra de Gilbert Cesbron, le ha prometido que lo leerá, que luego le dirá qué le ha parecido, puesto que a ella le gustan todos los libros de ese autor, ha leído varios, fue a buscar éste a la biblioteca antes de marcharse. También ha traído un libro de *Los 6 amigos*, que todavía no ha empezado y que le regalaron por su cumpleaños, que cae en esa semana. En el lado de él, en su mesilla de noche, hay libros en lenguas extranjeras, uno en alemán, uno en italiano, otro en francés, y *Le Monde* de la víspera, arrugado, así como su paquete de cigarrillos, en cuyo interior ha metido un encendedor. No se ve, pero en el cajón de la mesilla hay también un tubo de vaselina, fueron a comprarlo a Grenoble, a una farmacia, la víspera, al mismo tiempo que *Le Monde*, él aprovechó para darse una vuelta por la gran librería de la ciudad. Le recomendó que hiciera como él, que mirase bien los libros, que se interesara por cuanto la rodeaba. Pero ella se aburrió. Cuando la lleva a las librerías, se siente orgullosa de formar parte de la gente que hay allí, pero no sabe qué mirar ni cómo comportarse. Se limita a estar ahí, le mira, se plantea qué actitud adoptar, como se quedan mucho rato, al cabo de un momento ya no puede más. Coge libros, los abre, examina las primeras páginas. Llega un momento en que ya no sabe qué mirar. Busca un escalón o un taburete para sentarse, observa las idas y venidas, mira sobre todo lo que hace él, cómo se desenvuelve, lo que dice a los librereros, escucha las preguntas que hace. Se sube a las escaleras de mano, pregunta cosas, le sorprende que no tengan tal título en tal edición, se marcha con sus buenos quince libros, todas las veces. Aunque vayan a diario. Apenas han salido de la librería, los saca de la bolsa para volverlos a mirar. Siempre hay al menos uno para ella. La vez anterior le compró *Ivanhoe*, porque nunca lo había leído y después sería demasiado tarde, ya no le interesaría. La víspera cogió para ella un librito breve de Thomas Mann, *Sangre de Welsas*, en alemán para que adquiriera la costumbre de leer en versión original. Y un libro de Robbe-Grillet, que acaba de salir, él ya lo tiene pero lo compró para ella, el suyo está en su casa. Después fueron a comprar *Le Monde* a un quiosco, justo antes de entrar en un restaurante que él había descubierto en la guía antes de salir, cuando decidió pasar las vacaciones de Todos los Santos en Isère. Finalmente, antes de coger de nuevo el coche para regresar, se detuvo en una farmacia a comprar vaselina. Ella le esperó dentro del coche, en el p arking. Tiene un coche grande, un Peugeot 604, con encendedor en el salpicadero. Eso la impresiona. Antes tenía un CX, y antes aún, la primera vez que le vio, un DS. Cambia de coche todos los años. Le gustan los Citro en. La madre de ella tiene un 4L, lo tiene desde hace diez años, tanto es así que en la ranura de la ventanilla del lado del pasajero crece la hierba, cuando baja el cristal, en la goma de la corredera ve briznas de hierba, es ella quien le hace de copiloto a su madre, es su sitio, al lado del conductor, cuando circulan por la carretera las dos, a ella le corresponde la misión de leer los carteles, con los mapas desplegados sobre las rodillas, y guiarla, a su madre le falta confianza en sí misma hasta para leer las señales de tr fico, le entra el p nico en cuanto se acerca un cruce, le da miedo no

acertar con la dirección correcta, y a menudo, en efecto, se equivoca. Al rato él volvió de la farmacia. Dejó el paquetito que le había dado la farmacéutica en el asiento trasero y arrancó el 604, para volver al pueblo en el que van a pasar la semana. A ella no le gusta el olor a tabaco en el coche. La marea. Pero le gusta que haya un encendedor en el salpicadero. A veces es ella quien lo aprieta. También hay un radiocasete. En la guantera lleva dos casetes grabados. El adagio de Albinoni y uno de Mozart. Las compró su mujer, él nunca escucha música. No le gusta la música. Le parece una molestia. Una servidumbre. Porque, cuando la escuchas, estás obligado a oír el fragmento sin interrupción, mientras que cuando lees un libro, puedes leerlo en desorden, saltarte páginas, la libertad es total. Le gusta esa libertad y no soporta verse privado de ella. Recorrieron el valle con el adagio de Albinoni como fondo sonoro. Le dijo cómo se llamaban las dos vertientes de una montaña, señalándolas, a uno y otro lado de la carretera. Luego se desabrochó los pantalones. Sin dejar de conducir, se sacó el sexo del slip, que apuntaba fuera de la franela gris, y le dijo que sería muy amable por su parte besarlo mientras él conducía. Ella buscó una postura no demasiado incómoda para poder inclinarse por encima del cambio de marchas, sin cubrirlo por completo a fin de que la mano derecha de él pudiera acceder a la palanca y la conducción no comportara riesgos. Le metió una mano por la cintura de los pantalones y la otra debajo del muslo, entre la tela y el asiento de piel, tras haberse introducido el miembro en la boca. Se las arregló para hacer los movimientos que le gustaban sin utilizar los dientes ni golpearse con el volante. No veía nada de lo que ocurría. Escuchaba la música. Se sabía rodeada de montañas. Con la mano libre, él le bajó los pantalones, para desnudar las nalgas, posadas en el otro asiento. En el dormitorio, ella se ha puesto al revés en la cama. Pies contra cabeza con respecto a él, coloca el cuerpo como él le pide. Apoya las rodillas a uno y otro lado de su torso, tras haber pivotado sobre sí misma sin soltarle el sexo, como le ha pedido. Tiene la cabeza en dirección a la ventana, pero no ve el exterior porque sigue chupando, y tragando lo más posible hacia el fondo de la garganta, sin utilizar los dientes, sin mordisquear, apretando muy fuerte los labios en torno al miembro, mientras deja deslizar el prepucio sobre sí mismo como una fina tela, un visillo ligero, o una media al bajar por una pierna, una pierna cortita, sobre la que una media de increíble finura, pero indestructible y que no se cae, se enrollase. Aún tiene las puntas del cabello un poco húmedas, le azotan la piel con cada barrido, lo que a la larga le deja en los hombros diminutas marcas rojas, como ínfimos latigazos. La próxima vez, cuando tome una ducha en ese cuarto de baño, se recogerá el pelo con un pasador, no está acostumbrada a ducharse bajo una alcachofa fija, no ha reparado en ello, no lo ha pensado, y los mechones que le caían sobre los hombros se han mojado, el extremo, la punta, y ahora le rayan la espalda con cada acometida. No tiene demasiada importancia, pero como se repite a cada movimiento de pistón de su cabeza, tiene la impresión de que cada pasada le hace un corte en la piel. Y eso la pone nerviosa, le molesta, esas escobillas de puntas de cabello empapadas, que le dejan marcas en cada

trayecto, como los recorridos del limpiaparabrisas sobre la luna delantera. Ahora no puede ir en busca de un pasador, soporta ese barrido constante, que acaba por producirle la impresión de una navaja de afeitar, que acentúa las finas rayas rojas en la vertical de las orejas a cada ida y venida. «Ya verás, te gustará». Le dice que acerque la pelvis a su mentón, que no tema aplastarle, al contrario, que cuanto más baja esté, mejor resultará. En esa postura él también va a lamerla, por tanto se lamerán los dos al mismo tiempo, recíprocamente, manteniendo el cuerpo a cuerpo, a la vez que chupará, será chupada, y a la vez que él será chupado, la chupará. Le precisa que a eso lo llaman un 69, por la forma de las dos cifras que se completan al invertirse. Tiene que poner los pies a uno y otro lado de la cabeza de él. Le agarra los tobillos. Pero suelta uno, un instante, para tirar de la almohada hacia sí y bloquearla un poco mejor bajo la nuca, a fin de tener la cabeza ligeramente levantada. Tiene el rostro frente a su vulva, el vello púbico a pocos centímetros de su cuello, y las nalgas al alcance de la mano. Admira el dibujo de los labios menores, tan finos, bordeados por los labios mayores, que al protegerlos atraen hacia ellos. Antes de aplicar los suyos, le olisquea el sexo, luego retrocede un poco y mira de nuevo lo que tiene ante la vista antes de realizar una inspiración profunda e impregnar bien su recuerdo del olor que inhala. «Mmm». Ella tiene frío. Se echa por encima una punta de la sábana. Él le sigue sujetando un tobillo, la almohada está ahora en su sitio, con la otra mano le amasa las nalgas, una después de otra, como si persiguiera un objetivo preciso que exigiese respetar cierta simetría. Mientras adelanta los labios hacia la hendidura, pone en punta el extremo de la lengua y la desliza por la entrada de la vagina. Empieza a limpiar las paredes de la abertura, antes de retirar el pequeño y ágil músculo para hacerlo lamer todo el perímetro de los labios por el exterior, poniendo cuidado en evitar el clítoris en un primer momento. Lo que le interesa es humedecer, para luego, no enseguida, hundir los dedos, uno, dos, tres, y hasta cuatro, en la cavidad, antes de volver a desplazarse con objeto de gozar en su boca, más tarde eventualmente en su ano, ya veremos, y lo más adentro posible. La entrada en el ano resulta difícil pues el acceso no está formado y ella chillaba cada vez que él insiste, y no es eso lo que quiere. Lo intentó la víspera, y tuvo que renunciar sin haber conseguido que el pene entrara más allá del glande, o apenas un poco más. Existe un acuerdo entre ellos. Él ha aceptado no desflorarla. Le ha dicho que sólo entraría en su vagina después de que otro hombre lo hubiera hecho. No utiliza nunca, nunca nunca nunca, palabras vulgares. Un día en que ella le dijo de alguien que era un gilipollas, él hizo una mueca. Condena toda vulgaridad y, de manera general, todo uso de la lengua que no se adapte ni a la imagen que uno quiere dar de sí mismo ni a la realidad. Le preguntó en tono seco si conocía el sentido primigenio de la palabra que acababa de utilizar. No lo conocía. Él le indicó que *con* designaba el órgano sexual femenino. Que *déconner*^[*] significaba salir de la vagina. Que cuando se dice de alguien que es *con*, significa que es tan estúpido como el sexo de una mujer. Que ella, que es una mujer, se pone en ridículo cuando utiliza ese término. Que emplearlo en ese sentido supone

hablar en contra de las mujeres. Que debe desconfiar de los hombres que utilizan esa acepción, y que lamenta que dicho uso haya complicado la utilización de la palabra *con* en su sentido primigenio, cuando era el término corriente, mientras que ahora, para designar el sexo femenino, sólo se dispone de términos eruditos, médicos, fríos o, por el contrario, groseros. Porque la palabra usual se ha pervertido. Precisado lo cual, empieza a trabajar el clítoris, sin ir directamente al asunto, lame el perímetro, la base, en derredor, para que empiecen a difundirse ondas favorables. Tiene el miembro erecto al máximo. Le tritura las nalgas otra vez. Elogiándola. Con ambas manos masajea y palpa, mientras le dice que son bonitas. Le dice que puede dejar de chuparle. Que estaba muy bueno, que es muy hábil. «Gracias, ha sido estupendo. No tienes una boca grande pero resulta cálida, suave, sedosa». Le propone que se desplace justo al lado, sobre el colchón, para que él pueda liberarse, y le pide que se quede en la misma posición, boca abajo. Ella no quiere. Le ofrece seguir chupándole hasta hacerle eyacular, si lo desea. Prefiere no ponerse boca abajo sobre la cama. Él le dice que es sólo para acariciarle las nalgas, tan bonitas. Que hace rato que le apetece, desde que extendió las hermosas caderas sobre su pecho. Quiere que esté boca abajo sobre el colchón, y él se sentará en sus muslos para verle mejor las nalgas, desde arriba, en vez de tenerlas directamente sobre el pecho, sin poder contemplarlas realmente, por falta de perspectiva. Explica que tenerlas muy cerca de la cara le gusta, que tiene una visión perfecta desde abajo, que los dos globos extendidos están bien abiertos, que eso le da ganas de verlos de forma distinta, pues también le gusta la parte carnosa. Le dice que va a ser muy dulce. Y que, de todos modos, nunca ha hecho nada que ella no quisiera. Que lo sabe. Ella abandona la postura en la que se encontraba, a horcajadas sobre su vientre, la pelvis aplastada sobre su pecho, las piernas abiertas a uno y otro lado de su rostro, con la entrepierna pegada a su mentón. Se libera de esa postura, y libera su boca. Empieza a desplazar el cuerpo. Antes de que se ponga en posición, él le dice que se siente frente a él un momento, mientras él se mueve para sentarse a su vez, y que le rodee el cuerpo con las piernas dobladas, como si estuviera en la postura del sastre pero rodeándole, juntando los pies a su espalda. Él está sentado sobre la cama, ella se sienta enfrente, uniendo los dedos de ambos pies detrás de sus nalgas. Él baja la vista y admira sus senos antes de tocarlos. Luego agarra un puñado de carne, otro en la otra mano, y tira de ellos al tiempo que le pregunta qué efecto le produce. Si es agradable o desagradable. Ella dice que ningún efecto especial, que le tira un poco. Le pregunta si le gusta ser una mujer. Ella farfulla. Después añade que no puede comparar. Que al no ser un hombre, no puede saber qué efecto le produciría. Él le tira del seno derecho, aplica la boca al izquierdo, amasa el derecho, cambia la boca de seno, vuelve a subir a su rostro, le abre los labios con los suyos, unta de saliva el perímetro, los labios, la nariz, la barbilla, tiene saliva en todo el contorno de la boca. Le dice: «Dime “te quiero”». Ella lo dice. Le dice: «Repítelo, dilo otra vez si no te importa, resulta agradable, dulce». Ella lo repite. Le dice: «Dime “te quiero, papá”». Ella lo dice. «Otra vez». Ella lo repite. Le

mira los senos. Le dice que son hermosos. Muy hermosos. Los sopesa. Le dice que Marianne tiene unos senos diminutos, pero que son muy conmovedores. Son casi inexistentes, con un largo pezón que se yergue en el centro, muy duro y prominente. Le dice que resulta muy conmovedor, y muy excitante pese a todo. Que son incluso más pequeños que limones, pero excitantes. Justo antes de marcharse, fue a verla a su habitación, en la ciudad universitaria de Ciencias Políticas. Y pasaron la noche en su pequeñísima cama. Le cuenta que Marianne es una chica muy libre. Que no tiene prejuicios. Que hace el amor cuando le apetece, a ella o a los demás. Que cuando nota que a alguien le apetece, pues eso, dice que sí. Que hasta lo hace con negros. La conoció cuando fue a dar un curso a Ciencias Políticas. Sopesa, palpa, amasa, le dice que tiene unos senos preciosos, no demasiado grandes pero que caben bien en la mano. Le dice que Frida tenía unos senos más grandes que los suyos, y que éstos sí que te colmaban la mano. Que desbordaban de los dedos, no podías agarrarlos por completo de tan abundantes. Le dice que una vez hizo el amor con Frida y una amiga suya y que fue muy agradable. Que su amiga tenía un hermoso culo y él andaba de cabeza. Dice que el sexo de Marianne tiene un aroma maravilloso. Muy fresco. A madera. Que cuando se moja parece rocío. Y que se perfuma el sexo. Que cuando se desnuda, se vaporiza un poco en la nuca y en el vello púbico. Que de vez en cuando él le regala perfume. Perfume o libros. Le encanta conversar con ella. Añade que es una chica muy inteligente. Que al primer vistazo no tiene nada de extraordinario. Siempre lleva vaqueros y bambas, viste sin especial esmero. Pero tiene lo que llaman encanto, un enorme encanto, lo cual es más importante que la belleza, provoca mayor apego todavía. Y que está muy apegado a ella. Frida, por ejemplo, era guapa, pero carecía de encanto. Era una mujer muy hermosa, alta, rubia, con un cuerpo precioso y escultural, pero nada más. Rachel también era muy guapa, con una piel muy suave, pero tenía siempre peticiones concretas que había que satisfacer, hazme esto, hazme lo otro. Eso le cansaba. Marianne es mucho más libre. Pero no tiene unos senos tan bonitos como los que ahora sostiene en la mano. Pellizca la punta. Ella no dice nada. Pellizca más fuerte. Le pide que se acerque un poco más, que se desplace un poco sobre un costado, para que él pueda sentarse lo más cerca posible, contra su muslo, hasta pegarse a su vulva. «Mmm, huele a fresco». Luego le pide que se tienda a fin de acariciarle las nalgas. Ella se pone boca abajo sobre la cama. Tiene frío. Él dice que la calentará. Se sienta sobre sus muslos. Empieza a masajearle las nalgas, después extiende las caricias hasta el hueco de los riñones, sube las manos a lo largo de su espalda, por la columna vertebral, hasta el cuello, hacia el que se inclina, y mete la nariz para buscarle la boca, oculta en los pliegues de la almohada, entre los que se ha refugiado, al tiempo que le pide que se muestre activa con la lengua. Acto seguido se echa atrás de nuevo. Retrocede. Vuelve a sentarse sobre ella, sobre sus muslos. Retrocede un poco más. Se pone de rodillas detrás de ella. Entre sus piernas. Y hunde la cabeza entre sus nalgas para empezar a lamerle el ano. Le dice: «¿Te resulta agradable? Ya te he dicho que te gustaría, y que no tuvieras miedo». Le repite que

sólo hará lo que ella quiera. Que nunca irá más allá. Que jamás ha obrado de otro modo. Ella le pidió que respetara su virginidad, que no fuera su primer amante, le recuerda que cedió a sus argumentos. Que le cuesta, porque le excita, que es hermosa, que la quiere. Le recalca que no resulta fácil estar excitado todo el día sin poder penetrar a la mujer a la que se desea. Le pregunta si confía en él. «¿Sí?». Ella dice que sí. Le pregunta si quiere probar, ahora mismo, enseguida, no mucho rato, apenas un instante para ver cómo resulta, con un poco de vaselina. Le comenta que a menudo lo hace con Marianne y que a ella nunca le ha dolido. Al contrario. Intenta convencerla, insiste. Ella sigue tendida boca abajo sobre la cama, con las nalgas desnudas, la cabeza vuelta de lado y apoyada en la almohada. Dice que tiene miedo. Que la última vez le dolió. Con un movimiento brusco, salta de la cama. Se queda plantado en la alfombra. Luego se acerca al armario. Saca de él unos pantalones, una camisa, un jersey, y sale de la habitación, con pasos ruidosos. Se dirige al cuarto de baño, le grita desde el pasillo, con voz seca, muy clara, que se ve obligado a volver antes de lo previsto, pues tiene trabajo. Ya le había dicho que no estaba seguro de poder tomarse toda la semana de vacaciones. Ella le pregunta si está seguro de que con la vaselina no duele tanto. Él vuelve. «Por supuesto. No duele nada. No notarás nada. Al contrario, sólo sentirás placer». Vuelve a meter la ropa en el armario, que ha dejado abierto. Abre el cajón de la mesilla de noche. Coge el tubo de vaselina y se unta el sexo con una o dos dosis de producto, que extiende cuidadosamente con los dedos a todo lo largo del endurecido miembro. Hince las rodillas entre las piernas de ella. Le dice que se relaje. Se sujeta el miembro con dos dedos y lo dirige entre sus nalgas. Le dice que tiene unas nalgas maravillosas, apetitosas. Hunde el extremo del sexo en su ano, le repite que le dolerá si no se relaja, que tiene que relajarse, avanza un poco. Le dice que deje de gritar, y que se relaje, que se relaje, que se distienda. Pero ella, por el contrario, aprieta las nalgas. Se contrae. Sus muslos son dos rígidos postes. Él le dice que se relaje. Que ya la ha avisado. Que va a entrar a fondo y si no se relaja le dolerá. Se hunde en ella y se corre. Le dice: «Gracias gracias gracias ah gracias gracias eres un amor», le cubre de besos la espalda y le dice que es la primera vez en toda su vida que quiere tanto a alguien. Que nunca le había pasado. Se tiende a su lado, ella se da la vuelta. La mira. Dice que es la persona a la que más quiere en el mundo. Con diferencia. Que es una persona extraordinaria. Que tiene una personalidad fuera de lo común. Una libertad poco común. Una inteligencia que le fascina. Una mente libre de prejuicios. Ella le dice que también le quiere. Y que le admira. Él responde que es muy amable, que la admira también. Ella querría pedirle algo. Le dice que, como prueba de ese amor que siente por ella, querría que la siguiente vez que se vean no ocurra nada físico, ni un solo gesto. Incluso, si fuera posible, desde mañana mismo. Sólo por ver, para saber si es posible. Para saber si a él una relación no física entre ambos se le antoja factible. Lo interroga con la mirada, a fin de adivinar si en ese caso aceptaría seguir viéndola. O si prefiriera dejarlo. «Por supuesto». Él dice que sería perfectamente posible. «Claro que sí, mujer, haremos

exactamente lo que quieras, nuestras caricias son una consecuencia maravillosa, pero para mí eso no es lo esencial, no es lo más importante. No es eso lo que cuenta». Ella ya se lo pidió la víspera, no se atrevía a volver a pedírselo. Él se lo promete. Ríe. Le asegura que no hay problema. Ella le pide perdón por insistir, por habérselo hecho prometer, pero como la última vez dijo que no harían nada y pese a todo ha ocurrido... Repite que es una prueba de amor lo que le está pidiendo. Tras poner de manifiesto que ya le da numerosas pruebas, él dice que la quiere tanto que la siguiente vez no sólo no lo harán, si ella sigue pensando igual, sino que cuanto hagan será ella quien lo decida, empezando por la ciudad donde se darán cita. Será ella quien la elija. Él aceptará su elección. Ella le dice que le encanta verle pero que no puede evitar tener un poco de miedo por su futuro. Él le asegura que no hay motivo alguno para tener miedo. Pero que la próxima vez no se acariciarán, puesto que ella no lo desea, y dejarán de besarse en la boca, excepto si ella se lo pide. La besa en la frente mientras le repite que sólo quiere lo que ella quiera. Su felicidad. La toma en sus brazos y la estrecha llamándola por el diminutivo que ha inventado para ella y que ninguna otra persona ha utilizado nunca. Comprime su cuerpo contra el suyo. Le dice que se levante. Es tarde, irán a comer. Ella salta de la cama y se dirige al cuarto de baño para volver a lavarse los bajos. Él le da un pañuelo para que se lo ponga entre las nalgas, a fin de taponar y enjugar el semen que podría escurrirse de camino al cuarto de baño, ella recorre el pasillo, separando las piernas y sujetando el pañuelo entre los muslos, en una postura encorvada. Se lava los bajos cuidadosamente, abriendo bien las piernas, frente al lavabo. El semen le corre por las piernas, hasta los pies, a lo largo de los muslos y la cara interior de las pantorrillas. Frota la manopla de baño desde el tobillo hasta la hendidura entre las nalgas. Luego vuelve a la habitación para vestirse. Él está en el jardín. Fuma un cigarrillo, sentado en un sillón de castaño. Junto a uno de los postes entre los que han tendido un hilo para secar la ropa. Cuelga de él un paño de cocina color naranja, que más o menos ondea. Él está hojeando la Guía Roja en busca del lugar donde irán a comer. También a ella le gusta ir al restaurante.

Él pide entrecot, poco hecho. Con patatas salteadas. No toma entrante. De postre, ella ha pedido crepes Suzette, el maître acerca una mesita a la suya, sobre la que hay un pequeño infiernillo, y en una sartén grande de cobre deposita las crepes, vierte encima zumo de naranja, las espolvorea con azúcar, las dobla en cuatro como pequeños abanicos, pañuelitos o el diminuto cuadrado de seda que asoma del bolsillo exterior de un traje, las riega con Grand Marnier, enciende una cerilla, las flambea. Todo el restaurante los mira con una sonrisa. Tras la comida, circulan por carreteras en zigzag entre las montañas. Finalmente se detienen en un pueblecito. Señalado en la Guía Verde por la particularidad de sus tejados y por su iglesia románica. El pueblo está enteramente cubierto de lajas. Tras haber admirado la uniformidad del color pizarra bajo el cielo, con ese material pesado, recio y de bordes toscos e irregulares, dan la vuelta a la iglesia. Primero por el exterior. Él comenta con detalle la

arquitectura, pregunta si recuerda las palabras que le enseñó cuando visitaron la catedral de Amiens. Las recuerda. Hay sólo dos que sigue confundiendo. Recuerda también las «huertas de regadío», los huertos vallados a la salida de Amiens. La felicita. Después le pide que lea con él la inscripción latina que figura en el frontón. La traducen juntos. Le dice que es muy inteligente. Y que podrá llegar muy lejos si pone los medios adecuados. Si no presta atención a lo que dicen los profesores, en su mayoría mediocres. Le aconseja que compre libros. Que aprenda sola lo que le interese. A fin de no verse frenada por la falta de curiosidad de los demás. Se cogen del brazo, dan la vuelta a la iglesia. Finalmente él entra, por una pequeña puerta lateral. Ella le sigue. Se cogen de la mano. La luz atraviesa las vidrieras y les acaricia el rostro. Levantan la cabeza hacia las bóvedas románicas. Él comenta las claves que les confieren su equilibrio, describe el estilo con términos precisos. Luego se acerca al confesonario. Descorre la cortinilla, se sienta en el pequeño banco del sacerdote y le dice que se acerque a arrodillarse entre sus piernas, le desabroche los pantalones y le chupe un poco. Le acaricia los senos, detrás de la cortinilla corrida, a través del holgado jersey, le dice que podría no usar sujetador, y le pregunta si hace un momento, cuando han dado la vuelta a la iglesia y ella le cogía del brazo, le ha rozado adrede el codo con el seno izquierdo. Ella dice que no se ha dado cuenta. Él le asegura que ha hecho movimientos de presión con el seno izquierdo contra el brazo derecho de él. Le desabrocha el sujetador a través del grosor del jersey y de la camiseta que se ha puesto debajo, los tirantes se desplazan alrededor de los hombros y las copas suben hasta la base del cuello, él le oprime los senos a través de la lana, después mete las manos por debajo. Le dice que le chupe rápidamente antes de que entre alguien y vea sus pantorrillas, que asoman por debajo de la cortinilla. El 604 está aparcado justo delante del pórtico. No hay nadie en la plaza de la iglesia, ni nadie a la vista en las calles adyacentes del pueblo. Le dice que no puede volver a la carretera en ese estado. Que después de lo que acaba de hacerle en el confesonario está demasiado empalmado. Que no puede subir enseguida al coche, ni debe eyacular en el interior a fin de no manchar los asientos. Pero que le tira. Que la cosa apremia, la vuelta a casa será demasiado larga y no puede esperar hasta entonces. Abre las dos portezuelas del mismo lado. De par en par, con objeto de que queden perpendiculares a la carrocería, del lado de la pared junto a la que está aparcado el coche. Le dice que se acuclille entre ellas para acabar lo empezado y que pueda conducir sin esa tensión interior en el bajo vientre. Ella se agacha, hinca una rodilla en tierra, dobla la otra y se sitúa al nivel de su pelvis, entre los dos faldones de su abrigo, que él mantiene abierto a uno y otro lado del rostro de ella, para completar el efecto cabina que ya ofrecen las portezuelas abiertas de par en par. Vuelve a desabrocharse la bragueta de los pantalones de franela. Que se había abrochado al salir de la iglesia para cruzar la plaza hasta el aparcamiento. Eyacula en su boca y sube de nuevo al coche, tras haberle dado su pañuelo bien doblado para que se la enjугue. Doblado, planchado y bordado. Le pregunta si le gusta el sabor del semen. Se acomoda en el asiento. Se

arrellana al volante, apoya los pies en los pedales, pone en marcha el motor, mientras ella da la vuelta al coche para entrar por el otro lado, el que da a la plaza. El coche arranca. Sobre las lajas que cubren los tejados hay algo de nieve. Eso hace el pueblo todavía más bonito, refuerza la sensación de estar en un lugar fuera del mundo, aparte, y que las vidas son diferentes bajo esas grandes y recias techumbres, bajo esa gama de grises infinitos que parecen poder declinarse sin límite. Los matices se multiplican, se revelan gracias a la luz del cielo, y de las nubes, en grises que también forman parte de la continuidad. Las calles se hallan desiertas, como si las casas estuvieran deshabitadas, pese a unos cuantos coches aparcados. No hay nada. Ni una cortina que se abre, ni un rostro, ni un niño, ni un anciano. No hay nadie a la vista bajo esa gama de grises matizados hasta el infinito, en armonía con las nubes, nimbadas por la luz celeste que las atraviesa. El coche abandona el pueblo. Ella abre la guantera, pone una casete, él la interroga sobre sus gustos, sus actividades, sus amigas del colegio. Antes de contestarle, para no cometer errores de francés, forma la frase en su cabeza. Pero en el momento de lanzarse a formularla, tropieza. Tiene que empezar de nuevo. Marca pausas, vacila, vuelve al principio varias veces, porque el encadenamiento no funciona, la expresión no es fluida. El ritmo resulta entrecortado, discontinuo, impreciso. Ya no sabe dónde está, se embrolla, la frase se vuelve cada vez más incomprensible. No obstante, él deja que se tome su tiempo. Escucha lo que dice. Después le responde, sobre la marcha, con una frase de total fluidez, transparente, como si la sacara cristalina directamente de su pensamiento. Entonces, en la linde de un sendero, a cuyo extremo la Guía Verde indica un mirador sobre el valle, se detiene. Aparca el 604 al borde de la carretera, y bajan, cada cual por su lado. Entran en un sotobosque, por un camino cuyos arceles siguen nevados. En medio de los pinos negros, un poco más allá, en una curva, se quedan sorprendidos ante un árbol de hojas intensamente verdes. Él explica que en alemán para hablar de ese verde dirían *satt grün*, es decir, un verde muy fresco, muy nítido. Que *satt* significa saciado. Que un alemán que ha comido bien dice «*ich bin satt*», y que *satt grün* significa que las hojas del árbol son tan verdes que están saciadas de verde. Levanta la cabeza hacia las ramas del árbol, el único del bosque que no es una conífera. Las observa atentamente tras los gruesos cristales de las gafas, le indica la forma en que están dispuestas las nervaduras de las hojas, luego deja atrás el árbol verde, nombrando unos tras otros todos los árboles que bordean la alameda por la que caminan, codo con codo, nombra toda la vegetación con que se cruzan, tras haberle preguntado a ella. Oye el canto de un pájaro. Aguza el oído para adivinar la especie. Duda. Entre dos. Espera a que el pájaro vuelva a cantar. Tiende de nuevo el oído. Levanta el índice inclinando la cabeza y reconoce al pájaro. Se cogen de la mano, avanzan lentamente por la alameda. Él entrecruza los dedos con los suyos, hasta el fondo de los nudillos, y luego los deja deslizar como para soltarse, con gran suavidad, vuelve a agarrarlos, antes de empezar a soltarlos otra vez. O juega con los dedos de ella en su palma. Sus zapatos se hunden en el barro o crujen al pisar pequeñas placas

de hielo. Más allá el camino forma un recodo. Empieza a adivinarse un descenso hacia el valle. Pero alguien que camina en sentido contrario, un hombre de cierta edad, solo, viene en su dirección. Se sueltan la mano. El hombre lleva una cesta, no tardará en cruzarse con ellos. El hombre llega a su altura. Él le dice: «Hola». Claramente. De una forma audible que destaca en el silencio. Y sobre el único ruido de los pasos. El hombre responde levantándose el sombrero: «Hola», y prosigue hacia la salida del bosque. Ellos avanzan en sentido contrario, hacia el mirador sobre el valle indicado en la Guía Verde. Él le reprocha que no haya dicho «hola» al hombre con el que acaban de cruzarse. Su tono ha cambiado. Le sorprende que no sepa que cuando uno encuentra a alguien en un lugar aislado es costumbre saludar, en señal de apertura por si la persona necesita ayuda en un lugar retirado. Con expresión hermética, precisa que les correspondía a ellos decirlo primero porque son dos, mientras que el hombre iba solo. Que debe tener cuidado con su comportamiento, sus actitudes, y también con su aspecto. Aprovecha para hablarle de sus andares. No le gustan. No son los andares de alguien de fiar. La mira. Le pide que se mantenga derecha. Que se yerga un poco más, eche atrás los hombros y dé unos pasos ante él. Ella lo hace. Y que vuelva. Ella vuelve. Le dice que no levanta la barbilla lo suficiente. Que debe echar más atrás los hombros, avanzar no como una persona apocada, sino segura de sí misma. Le dice que vuelva a empezar, en sentido contrario, alejándose de él, con seguridad, y que regrese hacia él otra vez. Cuando llega a su altura, le corrige la posición de los hombros. Le dice que cuando camina debe pensar en su porte. Ella se adelanta dos o tres metros para volver a dar unos pasos.

Sin embargo, el paseo se acorta porque a él empieza a dolerle la cabeza. Justo después del mirador, dan media vuelta. De regreso en casa, ella coge el libro de Gilbert Cesbron de su mesilla de noche y se sienta en el sillón junto a la ventana, con luz de día. Él se acuesta, encima de la colcha. Quiere que corra las cortinas debido a la luz. Le pide, al tiempo que deja las gafas sobre el mármol de la mesilla de noche, que se acerque a él y le ponga la mano fresca sobre la frente. Si le parece bien. Ella se levanta del sillón. Se sienta en el borde de la cama, con una pierna estirada, el pie plantado en el suelo, y la otra doblada, la rodilla apoyada a medias en la colcha, el pie cuelga en el vacío por encima de la alfombrilla, posa la mano sobre su frente. Él lanza un hondo suspiro al sentir el contacto. Tiene los ojos cerrados. No se mueve. De vez en cuando dice algo sobre la frescura de su mano. Después pega la suya, castamente, al muslo que descansa sobre la colcha. «Mírame». Con la mano sobre su frente, adherida como una venda, como un turbante, le mira. Él la mira y ella le mira. La cosa dura un buen rato. «Eres muy hermosa, sabes. Podrías tener a hombres muy guapos. Podrías optar a hombres muy guapos». La contempla. Al cabo, le dice que se baje la cremallera de los pantalones y le propone meterse bajo las sábanas. A ella no le apetece estar acostada. «¿Te importa dejar un rato más la mano sobre mi frente?». Ella la deja. «Eres un encanto. Está tan fresca...». Él sigue con la mano apoyada en el muslo doblado sobre la colcha. Ella continúa sentada. Él le dice que ya no le duele

tanto. Le da las gracias. Le habla de sus migrañas, que son frecuentes y que ninguno de los médicos a los que ha consultado ha conseguido curarle. Tiene los ojos cerrados. Los abre de vez en cuando. Le dice que le mire. Después, aparta la mano que había apoyado en su muslo. Le dice que está algo mejor, que puede quitarle la suya de la frente, para verla mejor. Mira su rostro con intensidad. Clava la mirada en la suya. Sus ojos se hunden en los de ella, directa, profundamente. Levanta las comisuras de los labios para sonreírle. Vuelve a bajarlas como presa de un pensamiento íntimo, interior. Vuelve a sonreír. Los ojos clavados en los suyos. Las pupilas no se mueven. Con sus ojos, mira fijamente los ojos de ella. Con intensidad. Sin pestañear en ningún momento. Sin que su mirada se desvíe un ápice de esa trayectoria, la de sus ojos hacia los de ella. Si se da el caso de que pestañee, sonríe al mismo tiempo. Después recupera la permanencia y la fijeza. Su boca es móvil, sinuosa. Los labios finos, largos, estirados, cruzan con una línea rosada la parte inferior de su rostro. Su sonrisa cambia de forma sin llegar a desaparecer del todo. Vuelve a apoyar la mano en el muslo que está sobre la colcha. Levanta la otra para buscarle la nuca, le coge la cabeza, deslizando los dedos entre su cabello. La acerca a la suya. Deposita un beso sobre sus labios. Con la mano que se apoyaba en el muslo, que ahora está desplazando, le baja la cremallera de los pantalones, avanza por debajo de la prenda, le aparta la entrepierna de las bragas hacia el pliegue de la ingle. Introduce un dedo en el surco vaginal. Lo hunde en el interior. Ella acerca una pierna a la otra, el muslo posado en la colcha se aprieta contra el otro, tendido hacia el suelo, cuyo pie camina sobre la alfombrilla, pone el pie que pendía en el vacío sobre el tejido, al lado del primero, el de la pierna que estaba estirada desde el principio, mientras que la otra se encontraba doblada a fin de que el muslo estuviera cómodamente instalado mientras su mano le cubría la frente como una venda. Él le pide que no haga eso. Que vuelva a abrirlas. Dice que ha entendido perfectamente lo que le ha pedido hace un rato. Pero que lo que siente por ella en ese momento es demasiado fuerte. Que está empalmado. Que no puede remediarlo. Que la próxima vez se habrá preparado. No harán nada. No quiere hacer nada que ella no desee realmente, se habrá preparado para refrenar sus impulsos. Ahora, en ese instante, él le dice que nota que también ella tiene ganas. En su mirada. Le dice que está mojada, saca el dedo para mostrárselo. Luego vuelve a hundirlo. «¿Sabes por qué está mojado? ¿Sabes lo que significa?». Pasea el dedo de un extremo al otro de su sexo. «¡Ahí está mojado! ¿Lo notas?». Sonríe mientras le explica que no es ni sudor ni orina como ella cree. Hunde el dedo en su vagina. Lo saca. Se lo da a oler. Después se lo mete en la boca. Dice que es una delicia. Una fuente. «No, no es sudor. Está mojado porque te acaricio, y te gusta. Porque eres sensual. Eso significa que te complace. Que eres feliz». Dice que de lo contrario no lo haría. Tras pasárselo por debajo de la nariz e introducirlo entre sus labios para abrirla la boca, le hace lamer el índice que acaba de hundir en su vagina, lo pasea por el interior de sus mejillas, le levanta los labios para untarlo como un ungüento por la cara interior, le da la vuelta,

como a gruesos dobladillos, alisa también las encías, pasando por encima de los dientes, por detrás, luego lo saca, y le dice que el interior de su boca es increíblemente suave. Que un día podrá penetrarla por ahí. Casi tan suave como el de su vagina. Le pide que se quite el jersey de cuello alto. Vuelve a bajar la mano hasta la entrepierna, por dentro de los pantalones desabrochados. De nuevo, la desliza en la abertura, tras haber apartado las bragas al pasar hacia el pliegue de la ingle, mete el puño desde arriba, pegado contra los labios mayores, como si se dispusiera a practicar *fist-fucking*, y con la otra mano tira de la cintura de los pantalones para bajárselos lo más posible por las caderas. Le pide que se levante unos segundos, a fin de permitirle bajarlos un poco más, pues se le atascan alrededor de la pelvis. Introduce dos dedos en la vagina, y le ruega que le acaricie un poco el sexo con una mano, o con las dos, una moviéndose arriba y abajo por su miembro tranquilamente, nada más, y la otra debajo de los testículos. Con la mano que le ha bajado los pantalones hasta las rodillas le quita ahora el jersey, la camiseta, el sujetador. Los pantalones siguen trabándole las piernas. Él se ha quitado los suyos, los ha tirado al suelo, tiene las nalgas desnudas sobre el cubrecama acolchado. Le aconseja que le oprima el miembro con la mano izquierda y lo acaricie lentamente, mientras la derecha deja descansar sin más los testículos sobre la palma. Ella se aplica a ello. Con la mano izquierda sube y baja por su sexo, y ahueca la otra, donde recibe el peso de los testículos. Él le dice que le encantaría que algún día se los metiera en la boca y los masajeara con los labios. Le acaricia las caderas, los costados, el vientre. «Tienes la piel tan suave...». Le dice que se quite los pantalones, que la traban. Que se los quite del todo. Que no lo haga ella. Él se encarga, le arranca los pantalones, haciéndolos pasar por debajo de los muslos, que le pide que levante, primero uno y después el otro, luego por los pies, finalmente los proyecta en dirección a la ventana, al pie de la cual se estrellan, entre el armario y el sillón, en el que hace un momento estaba leyendo y donde todavía sigue su libro de Gilbert Cesbron abierto por la mitad, con la cubierta visible, *Perros perdidos sin collar*, y las páginas aplanadas contra la tela del asiento. Ahora que no lleva ropa, le acaricia el vientre. Le dice que su mujer tiene una piel un tanto granulosa, no es fina como la suya. Y que cuando se corre hace una mueca, una mueca espantosa, a tal punto que eso compromete su erección. Que le pidió que tuviera cuidado, pero ella le respondió que no controlaba sus expresiones en un momento así, que no podía evitarlo. Confiesa que aparta la vista. Dice que un día le gustaría ver el rostro de ella mientras se corre. Luego le pregunta si no le importa intentar engullir sus testículos, no por completo sino mordisqueándolos con los labios. Después, si puede atraparle el sexo con la boca. Le apetece correrse en condiciones más cómodas que hace un rato, entre las dos puertas del coche, en el aparcamiento de la plaza de la iglesia. Y que después dormirán un poco. Que para poder aprovechar la velada, él, en cualquier caso, dormirá. Ha reservado, en Uriages-Bains, un restaurante estupendo que tiene dos estrellas. Ella se pone en posición, de rodillas, entre las piernas de él, abiertas sobre la colcha, una de cuyas puntas dobla

para cubrirse con ella la parte inferior del cuerpo. Sigue con el busto desnudo. Su jersey de jacquard, que él le ha quitado y ha deslizado hace un rato a lo largo del colchón, está ahora sobre la alfombrilla de cama, con las mangas del revés, los hilos del dibujo aparecen entrelazados en la cara interior, como los hilos cortados en el envés de un cañamazo invertido. Él le dice que se desplace, que no permanezca en la prolongación de sus rodillas separadas, sino que se ponga de lado, bien de perfil, perpendicular respecto de la cama, para que él vea sus senos vivir, bambolearse. Sin que tenga que incorporar la cabeza sobre una almohada y romperse la nuca para verla afanarse ante él. Y que retire el faldón de colcha que le cubre las nalgas. La destapa. Le quita los calcetines. Está completamente desnuda. Se coloca como él le pide, perpendicular a la cama y paralela a la ventana, la cabeza en dirección a la pared, está a gatas, las nalgas frente a la puerta de la habitación, si alguien abriera sería lo primero que vería, y dirige el miembro hacia su rostro para llevárselo a la boca. Hasta el fondo del paladar. Él le dice que balancee el cuerpo, que lo haga oscilar de izquierda a derecha, con movimientos un poquitín más rápidos, a fin de que los senos se bamboleen y se le escapen mientras él se divierte atrapándolos. Los agarra. De vez en cuando tira de ellos. O les da leves manotazos, con viveza. Pequeñas palmaditas de ruido seco. Entonces para, los estruja en la mano, uno tras otro, como una fruta cuyo zumo quisiera exprimir para recogerlo en la palma de la mano. «¿No te hago daño?». Vuelve a empezar. «No me contestes, sigue, sobre todo no apartes los labios de mi sexo. Si te hago daño al apretarte los senos con la mano, levanta una rodilla hacia un lado, o un pie. ¿Va bien? ¿No te hago daño? ¿Puedes menear un poco las nalgas, por favor?, de derecha a izquierda, son tan bonitas... Muchas mujeres te las envidiarían, ¿sabes?». Las acaricia. Las golpetea. Le recuerda una expresión que oía en Meyrueis, en la casa familiar cerca de Carcassonne donde pasaba las vacaciones de niño: «Se acabó lo de menear el pandero», decía una mujer que trabajaba en su casa durante el año hablando del tiempo que pasa y de que estaba envejeciendo, él tendría nueve o diez años, y anotaba en un cuadernillo las expresiones que ella utilizaba. Vuelve a cogerle los senos. «¿Te gusta ser una mujer?». Se lo dice mientras sigue atrapándolos y estrujándolos, mete la mano derecha en la raja de sus nalgas, dirige un dedo hacia su ano. «No me contestes. Continúa. Sigue chupándome. Me lo dirás después». Le dice que Marianne nunca lleva bragas debajo de los pantalones. Que no usa ropa interior. Le mete el pulgar en la vagina, que recorre arriba y abajo. Ella para. Y se va a escupir el resto de semen en la taza del váter. Él quiere que vuelva deprisa a tenderse de nuevo a su lado, con su piel tan suave. «¿Te gusta ser una mujer?». Quiere que se pegue a él. Que no haya el menor intersticio entre ambos. Y que disfruten un momento apacible, tranquilo. De ternura pura. Los dos. Le pregunta si nota la profunda unión que existe entre ellos en ese momento. Como si fueran una sola y misma persona. Le pregunta si se siente a gusto. Le dice que lo que están viviendo es excepcional, que nunca ha vivido nada semejante con nadie, que tiene la impresión de haber encontrado al fin a una mujer que le comprende, y a la

que puede contárselo todo, que no habla con nadie, que nadie sabe quién es realmente. Excepto ella. Que ella es la única. Desea confiarle algo que jamás ha dicho a nadie. Un día, tendría unos treinta años, iba conduciendo y, al atravesar una pequeña población, atropelló a alguien, la persona cayó, y él aceleró, se largó. Al día siguiente, en el periódico local leyó que una mujer había sido arrollada por un coche en aquel pueblo. Ya está, ella es la primera a quien se lo confía. No lo habla con nadie. Nunca ha tenido confianza con nadie como la tiene con ella, es la primera vez. Le dice que es raro que se produzca eso en una vida, que en la mayoría de las vidas no ocurre jamás. Cuando no está con ella, no es él mismo. Con todos los demás representa un papel. Se esfuerza. Por eso le gusta estar solo. Y también para trabajar. Cuenta que la mayor parte del tiempo, en su casa, permanece encerrado en su despacho. Sea el día del año que sea. Que trabaja todos los días. Incluido el de Navidad. Que comprende que le sorprenda pero es la verdad, come a toda prisa con su mujer y sus hijos, y vuelve al despacho mientras ellos van de paseo. Dice que muy rara vez conoce a gente que merezca que se muestre tal como es. Excepto ella, porque los dos se salen de lo común. Son parecidos. Forman una sola y misma persona. Le dice que ella se parece a su madre. A la suya, la de él. Tiene los mismos ojos. Ojos negros y profundos. Se dirían azucenas de lo puros que son. Azucenas negras. Un mar de azucenas. Una mirada que forma como grandes olas negras. Su madre tenía los mismos ojos. Se vuelve de lado. Al cabo de unos minutos se queda dormido. Ella vuelve a vestirse. Tiene hambre. Toma un poco de pan con mantequilla y un vaso de leche. Luego lee. Una hora. Tal vez dos horas. Se aburre. No sabe qué hacer. Podría salir, pero... ¿Adónde ir? ¿A pasear sola por el pueblo? ¿Tomar un sendero y dar un breve paseo? No le apetece. No se ve haciendo eso. Cuando él se despierte, irán a cenar al restaurante dos estrellas del que le ha hablado. Ha caído la noche, fuera está oscuro. Lee. El tiempo pasa. De pronto oye ruido en el pasillo. Él abre la puerta de la cocina. Se ha vestido, lleva la Guía Roja en la mano, alarga la otra hacia la encimera, donde ha dejado las llaves del coche, en un cenicero, y entonces, de repente, ve la botella de leche. Que no está guardada en la nevera, sino que se ha quedado abierta junto al fregadero, justo al lado del cenicero, cerca del vaso que ella ha utilizado.

—¿Qué significa esto? ¿No podías guardar la leche? ¿No sabes que la leche se agria? ¿No sabes que resulta imbebible si no se mantiene en frío? ¿No sabes que hay que volver a meterla en la nevera después de utilizarla? ¿Cuando ya no se necesita? ¿Qué edad tienes? ¿No sabes que la leche se agria? ¿No tienes la cabeza en su sitio? ¿No sabes eso? Todo el mundo lo sabe. Vamos a cenar. Hala. Date prisa. Al volver telefonaremos a la estación para averiguar a qué hora hay un tren mañana para que puedas volver a tu casa, sin que tenga que acompañarte en coche. Aún no sé si cruzaré la frontera italiana o iré a Carcassonne a ver las inscripciones ibéricas que debo ver, lo que sí sé es que no voy a hacerlo con alguien que tiene la cabeza a pájaros. Nos vamos. Date prisa. Espabila.

El restaurante, que él reservó hace dos semanas, antes de salir de casa, se

encuentra a treinta kilómetros de donde están. Aprieta el encendedor, en el centro del salpicadero, y después de un clic clac, cuando vuelve a salir, lo coge con dos dedos y enciende el cigarrillo con el extremo incandescente. Fuma. Ha caído la noche. Ella mira por la ventanilla. Sólo ve sombras que desfilan. El hostel está en plena campiña, a la salida de un pueblo encaramado en la montaña, al que se llega por una carretera en zigzag. Una mujer morena, con los labios pintados de color vivo, los recibe, los saluda, les sonríe, les coge los abrigos. En el momento en que se dispone a colgar en una percha del guardarropa el abrigo del hombre, de cachemira gris y beige, él alarga el brazo para recuperar *Le Monde*, doblado en cuatro, del bolsillo exterior. La mujer morena, sin dejar de sonreír y con la prenda todavía en la mano, se la acerca para que él coja el periódico que sobresale del bolsillo. Es el que ha comprado en Grenoble después de comer. Aún no ha tenido tiempo de leerlo debido a la migraña y la siesta, que le han ocupado toda la tarde. Los acompañan hasta una mesa redonda, cubierta con un mantel blanco sobre el que han dispuesto platos floreados y en cuyo centro, en un gran cenicero de cristal lleno de musgo, han hincado algunas cabezas de margarita. La señora que los ha recibido les tiende sonriente la carta. Al rato el maître acude a tomar nota. Él elige una terrina de ciervo como entrante y, tras preguntar en qué río las han pescado, de segundo una trucha. «¿Y la señorita?». Ella duda. Vuelve a leer la carta. Pide lo que allí llaman espárragos a la Watteau. Lo pronuncia Vateau. La mujer se aleja una vez anotado el pedido. Entonces él le informa que se pronuncia Uató, que en francés la W se pronuncia «ua», excepto en las palabras de origen alemán, que el común de los mortales, que no ve más allá de sus narices, pensando en la pronunciación de la palabra *wagon*, que es el término francés más frecuente entre los que empiezan por W, se equivoca al pronunciar todas las W de la lengua francesa, porque la palabra *wagon*, que es de origen alemán, *Wagen*, no se corresponde con la regla de pronunciación de la W en francés, sino que precisamente constituye una de las excepciones. Él ha escrito al respecto, en una revista titulada *Vie et Langage*, un artículo que le dará a leer, lleva varios ejemplares en el maletero del coche. En él detalla el origen, la procedencia, la evolución de varios términos franceses que empiezan por W. Dicho lo cual, coge el periódico doblado en cuatro que ha dejado sobre la servilleta, lo despliega y desaparece detrás del biombo que forman la portada y la última página por encima del mantel. «El general Franco ha muerto» cruza toda la primera plana, de un extremo a otro, en caracteres enormes. Ella no sabe quién es. Un camarero les trae un tarrito de mantequilla, y les da a elegir en la panera que les presenta, entre diferentes variedades, un panecillo. Él lo deposita en el platito que se encuentra a su izquierda junto al tenedor. Ella da un pellizco al suyo y lo unta de mantequilla. Él se detiene largo rato en cada página, la primera plana le oculta el rostro. Ella acaricia la trama del mantel. Observa su cuchillo, su tenedor, su cucharilla, el dibujo de su plato. Las mesas contiguas. El rostro de él asoma un segundo por el lado del biombo, le ofrece una página. Ella despliega la servilleta en su regazo, en previsión del momento en que lleguen los platos. Acerca la silla. Con el

fin de estar bien colocada cuando tenga el suyo delante. La gente de las mesas de alrededor debe de decirse que conversar con ella carece de interés, puesto que la persona que la acompaña lee el periódico. No pueden saber, al verla frente a esas dos páginas en blanco y negro desplegadas, que él acaba de contemplarla durante horas con ojos desorbitados. «El príncipe Juan Carlos se convertirá en rey de España el sábado». Y a pie de página, «Premio Goncourt, Émile Ajar», *La vida ante sí*. Llegan la terrina de ciervo y el salmón ahumado. Él vuelve a doblar el periódico y despliega la servilleta. Ella coge una tostada. La unta de mantequilla. Deposita una loncha de salmón encima, exprime un hilillo de limón, se la lleva a la boca y muerde. Él le indica a unos homosexuales de la mesa contigua y le dice que ahora ya sabe lo que hacen. Le cuenta que un día estuvo a punto de tener una experiencia homosexual. Que finalmente la experiencia no tuvo lugar y que lo lamenta. Desaprueba a la gente que habla sin saber de lo que habla. Tenía la intención de pasar por esa experiencia para saber cómo era. Algo más lejos hay una mesa con un padre, una madre y un niño pequeño, muy a sus anchas pese a su edad, tiene en el plato arroz y filetes de lenguado, que el camarero ha desprendido de la espina, antes de servirselos con delicadeza. Vuelve a poner el periódico como un biombo ante él. Se ha terminado la terrina. Llegan el segundo plato. A la hora del postre, el camarero les recomienda la tarta de arándanos o el sorbete de casis. Él le hace repetir la frase. Dice que no ha entendido de qué aroma se trata. El camarero repite que es un sorbete de casis. Sigue sin entender. El camarero repite más claramente, en voz más alta. Él exclama: «Ah, de casí». Sin pronunciar la ese final. Una vez el camarero se aleja, le dice a ella que nunca ha entendido por qué la gente pronuncia «casís» en lugar de «casí», que se pregunta si es para diferenciarlo de Cassis, la ciudad, en la que la ese no suena, lo que hace que se confundan.

En el camino de vuelta, le dice que al día siguiente, para su cumpleaños, irán a Grenoble a comprarle un regalo. Ha observado que no tiene perfume. La cena le ha resultado demasiado pesada, le dice que comen en exceso. Y que al día siguiente sólo irán al restaurante una vez. Llegan a la alameda a cuyo extremo se encuentra su casa. Es una casa de piedra, pequeña, sencilla. Aparca el 604 delante. Las habitaciones se distribuyen a uno y otro lado de un corto pasillo que va de la puerta de entrada al aseo. A la derecha, el cuarto de baño y luego la cocina, a la izquierda, el primer dormitorio, el que da al camino, y a continuación el segundo, el que da al jardín, al que se accede por una puerta trasera desde la cocina.

Se quita los mocasines, se desnuda, se pone el pijama, se desliza entre las sábanas y enciende el televisor. Es un aparato en blanco y negro, fijado a un pie central, situado delante de la ventana. Le dice que venga a sentarse en la cama. Ella está cansada, prefiere irse a dormir a la otra habitación. Él dice que irá a darle las buenas noches. Ella sale del cuarto, tras haber cogido de la mesilla de noche el libro que todavía no ha empezado, *Los 6 amigos*. En el otro dormitorio, se prepara la cama. La habitación está helada, aún no se ha utilizado, el radiador todavía no la ha caldeado.

Añade una manta. Y se mete entre las sábanas al final sin abrir el libro. Piensa. Planea, para la mañana siguiente, durante el desayuno, en el momento en que él se fume el primer cigarrillo, en la cocina, pedirle como prueba de amor que no haya gestos físicos en todo el día. Y leer su artículo sobre la W, esa misma mañana. Se duerme. Horas más tarde, en mitad de la noche, él abre la puerta de su habitación, se sienta en el borde de la cama, le acaricia la mejilla. Luego le sacude el brazo. Dice su nombre. La llama. Dice su diminutivo. Y de nuevo su nombre. Ella gime. Le dice que la desea, le pide que vuelva al otro dormitorio. Le dice que está iluminado por la luna y que reina una suave penumbra. Le rodea el cuello con las manos. Después apoya una, plana, sobre su garganta. La deja deslizar poco a poco por los senos, desnudos bajo un holgado y largo camisón. «No son tan grandes como los de Frida, pero sí igual de apetitosos. Tienes la piel suave. Es perfecta». Dice que Marianne tiene montones de diminutas pecas por todo el cuerpo. Que es su defecto. Pequeñas pecas en relieve. «No te duermas otra vez». Le sacude el brazo. Ella abre los ojos. Se mueve. Él dice que en el jardín, al que ha salido a fumar un cigarrillo antes de ir a verla, el cielo está estrellado. Levanta las sábanas, se mete en la cama. La encuentra estrecha. Le dice que le acompañe a la habitación que da al jardín. Que dormirán mejor. Ella se mueve. Se levanta. Su largo camisón, con el borde de encaje alrededor del cuello, le divierte. La precede por el pasillo. Ella le sigue. Se quita los calcetines, que deja en la alfombrilla, se tiende, y se pone de lado, hacia la puerta, con un brazo debajo de la almohada. Él se pega a ella por detrás. Le levanta el camisón, le acaricia las piernas, las pantorrillas, promete que no harán nada que ella no quiera. Que como ella no quiere, esa noche no hará nada, pero que querría acariciarle los pies, las piernas, mientras ella se duerme. Se demora en las rodillas, en su redondez. Pasa los dedos por detrás de la pierna, por la corva, vuelve a la cara anterior, que acaricia con toda la palma. Sube de nuevo. Enrolla el camisón cada vez más arriba. Se lo sube hasta encima de las nalgas. Mete el miembro entre sus muslos. Como una barra de separación entre ellos, un puntal entre dos piedras para impedir que vuelvan a soldarse. Dice que no entrará. Puesto que ella no quiere. Que se dormirán así. Aplica leves presiones, pequeños empujones. Le introduce el índice en la vagina. Dice que es la primera vez que toca una vagina tan prieta, tan estrecha. Le asegura que a los hombres con los que esté a lo largo de su vida les gustará penetrarla. Le explica que una vagina estrecha y apretada es lo mejor que hay, y que es algo poco frecuente. Que hay mujeres con las que el hombre ni siquiera sabe si está dentro o fuera. De tan ancha que es. Sea porque su vagina es así, sea porque se ha distendido a fuerza de ser penetrada. Retira el dedo de su vagina para introducir dos, los saca para dejarlos resbalar entre las nalgas. Luego se los mete en el ano. A continuación entre los muslos apretados, debido a la postura que ha adoptado, de frente a la puerta, de lado, en el borde de la cama, casi en la vertical de la alfombrilla de tan al borde que está, encaja el miembro justo bajo las nalgas, arriba del todo. Y empieza, con lentos movimientos de vaivén, a frotarle la vulva. «¿Te gusta?». Ella calla. «Dímelo». Y

prosigue. «Dímelo. Di “me gusta, papá”». Continúa. Frota más fuerte. «Deja de poner morros. Pareces un bebé grandote». Le dice que se vuelva hacia él, que le mire, que le bese. Ella se da la vuelta. Él enciende la lamparita que hay sobre la mesilla de noche junto al paquete de cigarrillos y el periódico. Le dice que abra los ojos, le mire y le sonría. Ella lo hace. Le dice que irán a Carcassonne, al final de la semana, como le prometió la última vez que se vieron. Que le enseñará tumbas con inscripciones muy raras en ibero, y que después irán a ver la casa familiar, donde pasaba las vacaciones cuando era pequeño, y los lugares, en plena garriga, en los que se quedaba horas soñando despierto mientras los otros niños iban a jugar. Como sigue medio dormida, le dice que se acariciará él mismo, mirándola. Arranca la sábana, le enrolla el camisón hasta debajo del cuello, para dejar los senos al descubierto. La tela del camisón enrollada alrededor del cuello parece una enorme bufanda, gruesa, voluminosa, entre la barbilla y el pecho, sobre un cuerpo completamente desnudo. Ella se quita la enorme bufanda por encima de la cabeza y la deja caer en la alfombrilla. Él le pide que le ponga la mano debajo de los testículos mientras se acaricia el miembro. Ella apoya la mejilla en su hombro y alarga el brazo derecho hacia su sexo, que él estrecha en la mano, mientras desplaza arriba y abajo la piel arrugada y móvil alrededor de la parte rígida. Ella desliza la mano bajo sus testículos a modo de platillo. Pero él quiere que esa mano esté viva, le dice que los oprima con decisión. Sin estrujarlos. Apenas nota su mano rozándole, le dice que debe sentir que los dedos aplican una leve presión. Y que podría colocar la otra mano sobre la suya, aquella con la que él se acaricia, sin dejar de encerrar bien sus testículos en el hueco de la mano derecha, en la palma apenas más firmemente doblada, y sin aplastarlos. Cierra los ojos. Vuelve a abrirlos. Le dice que le mire. Que entreabra los labios y siga mirándole, y le enseñe la lengua. Ella levanta la vista hacia él. Saca la lengua. «No, así no. Sólo un poco». Con la mano libre, le aparta de la mejilla un mechón de pelo. De su cabello moreno, fino, enredado. Los ojos tienden a cerrarse. Él se los sopla, le acaricia las pestañas. Luego le pide que le bese la boca, el torso, el vientre, y que baje la mano hasta la de él, sobre todo sin quitar la otra de debajo de los testículos. Que apriete ahora tal como le pide, exactamente como él le pide. Le repite que tiene disposición para la sensualidad. Ahora le pide que baje el rostro hasta su sexo, y que deposite un leve besito tierno en el glande, mientras él se acaricia el miembro, que quite la mano que había puesto sobre la suya mientras ésta subía y bajaba, y que le introduzca un dedo en la entrada del ano. Ella aparta la mejilla del hombro en que la había apoyado, para empezar el descenso, hacia el pecho, el vientre y finalmente el glande, al que da un beso. Él levanta las sábanas para verla. Incorpora la cabeza para tener una visión óptima de lo que está ocurriendo en la pequeña gruta de las sábanas. Y le pide que, sin dejar de chupetearle, alce la mirada hacia la suya, de vez en cuando. Sin detenerse. Ella le chupetea el extremo del miembro, como le dice que haga, levantando la vista de vez en cuando. Él le indica que haga girar la lengua alrededor del glande. Mientras él, con sus propios movimientos, sigue incrementando

su placer. Acto seguido retira la mano, su propia mano, de su sexo y se la apoya en la cabeza para que baje desde el glande, por toda la longitud del miembro, hasta el fondo. Lo más posible. Ella se lo mete hasta el fondo del paladar. Un poco demasiado deprisa. El glande le golpea la glotis, eso le produce una arcada, que la obliga a hacer un movimiento de retroceso. Echa atrás la cabeza. «No no no no, sobre todo sigue sigue sigue te lo ruego». Ella espera unos segundos, lo justo para tragar saliva, y prosigue. Avanza de nuevo. Él le agarra un seno. Muy poco después, lanza un grito, eyectando el semen en su boca. Entonces le dice que suba el rostro hacia él, que descanse la cabeza en su hombro, tranquilamente, para volver a dormirse. Le acaricia la mejilla con la mano derecha, y la cadera con la mano izquierda.

A la mañana siguiente, ella abre los ojos, él ya los tiene abiertos. La está mirando. La luz del día atraviesa las cortinas, llueve, se oye el crepitar de las gotas en el alféizar de la ventana. Con mirada enamorada, él le dice que jamás ha tenido con nadie esa sensación al despertar. Esa sensación de evidencia, de naturalidad. Que nunca ha visto una mirada como la suya. Que había perdido la esperanza de encontrar algún día a una mujer a la que pudiera contárselo todo, absolutamente todo. Cuanto piensa, cuanto hace, todo lo que es. Decir realmente quién es. Sin temor a la estupidez. Al juicio de los imbéciles. De los mediocres. Le dice que ama tiernamente a Marianne pero que ella tiene su propia vida, no es lo mismo, la conmoción no es igual. Que existen tres tipos de encuentros amorosos. Los encuentros de la razón. Con mujeres con las que uno hace su vida. Los encuentros de circunstancias. Con aquellas con quienes se comparten momentos inesperados, maravillosos. Frida. Marianne. Los encuentros excepcionales. Con mujeres que no cabe comparar con nadie. Que ella pertenece a esta última categoría, la tercera. Que sitúa a Marianne entre la segunda y la tercera. La sábana forma un pico encima de su sexo. Sonríe, porque ella acaba de preguntarle cómo es el sexo de un hombre en estado de reposo puesto que, aparte del suyo, jamás ha visto ninguno, y el suyo siempre está en erección. Él ríe. Luego le dice que a muchas mujeres les gustaría sobremanera poder decir lo mismo. Que tiene mucha suerte. Del techo cuelga una araña de cobre. En cada uno de sus cuatro brazos luce una bombilla en forma de vela, el extremo de cada vela imita la punta de una llama que vacila. La lluvia ha amainado. Ella está tendida de espaldas. El techo presenta manchas en algunos puntos, de forma irregular. En vez de volver a Grenoble, él quiere dar un simple paseo a pie por el pueblo. Después irán a ver una resurgencia, fue su padre quien dirigió la concepción y edición de la Guía Michelin de Isère, y, mientras ella aún dormía, ha leído que había una a una hora de camino de donde se encuentran. Pero antes, como empalmarse sin poder nunca eyacular en ella como le gustaría hacer, hasta el punto de provocarle dolor de tanto que tira, forzosamente no resulta fácil para él, si bien comprende que ella quiera preservar su himen, le gustaría que se quedaran un rato en la cama. Le dice que no se mueva. Se instala en la prolongación de su cuerpo, las piernas sobresaliendo del colchón, en el vacío, le pone la mano plana en la entrepierna, como si su palma fuera unas bragas,

una protección higiénica, le dice que su vagina palpita, como un corazón. Luego retira la mano. «Déjame sentir tu corazoncito». Hunde la nariz entre el vello púbico que protege la hendidura. Y, con el mentón apoyado en el colchón, entre las piernas de ella, aplica la nariz a la vulva, después retrocede un poco, abre el orificio con los dedos y vuelve a hundirse. «Mmm». Dice que tiene un olor muy fresco. Ella ladea la cabeza. Las gruesas gafas rectangulares de concha están sobre la mesilla de noche. A través del impresionante grosor de los cristales, el mármol aparece deformado, desplazado, como cortado del resto de la mesilla, como un trozo roto, el jaspeado zigzaguea. Él desliza una mano bajo sus nalgas y le introduce el pulgar en el ano. Ella se arquea. Él le dice que se relaje. Que no duele, que sólo ha metido un dedo, tal vez sea la uña lo que le molesta. Saca el pulgar y lo sustituye por el índice. Lo hunde un poco más. Levanta el mentón, saca la lengua para lamerle la vulva. A la que, desde el principio de las vacaciones, llama su fuente fresca. A intervalos regulares se detiene. Le dice cuán agradable y fresca es esa fuente. Insiste en que rara vez lo hace. Que muchos hombres no lo hacen nunca. Que muchas mujeres desprenden olores tan intensos que se diría pescado podrido. Que nunca se lo hace a su mujer, porque la suya huele a pescado podrido. Que la de Marianne es fresca. Y que le gusta hacérselo. Pero la suya todavía más, excepcional, como una fuente en pleno verano. Aparta el vello con la mano libre, la deja un momento posada en el pliegue del muslo y después la va subiendo hasta la cintura, debajo del ombligo. Con dos dedos le pellizca el vientre, el talle, coge una porción de carne, la suelta, coge otra justo al lado, y le recorre así todo el costado izquierdo. A continuación sube esa mano un poco más. La otra, cuyo índice da vueltas en el interior de su ano, sigue bloqueada en la parte inferior del cuerpo de ella. Entonces le repite que su dedo no es grueso, que es sólo la uña lo que nota. Lo retira. Deja la mano aplastada bajo sus nalgas y avanza la mano libre hasta su seno izquierdo, le dice que es más grande que el otro, más pesado, y que la forma de sus senos se adapta perfectamente a sus manos. Tiene el brazo estirado hacia la parte superior de su cuerpo, mientras que, con un ruido de succión, aspira los labios menores hacia el interior de sus mejillas, los suelta, retrocede, le habla, le mete dos dedos en la vagina, donde lleva a cabo rápidas acometidas, lo más lejos posible hacia dentro, hasta golpear el útero, los dedos avanzan al máximo, hasta la última falange, luego se retiran como una metralleta que retrocede, y vuelven a avanzar, con ruido de chapoteo, que a ella le recuerda el croar de las ranas, el gorgoteo del vientre, o de las tuberías cuando el fregadero se vacía tras haber retirado el tapón, o de la boca, cuando se chasquea la lengua con los labios a ritmo rápido. «¿Te gusta?». Ralentiza. Separa los dedos en el interior de la vagina, vuelve a cerrarlos, acelera de nuevo. «Dime “me gusta”». Acelera. «Di “me gusta, papá”». Empuja los dedos, como si ignorase el límite de sus propias falanges, enloquece el ritmo. «Dilo. Dilo, por favor. Dímelo. Dilo». Retira los dos dedos, y vuelve a entrar, con uno más, mete tres, después cuatro. Los chapoteos han cesado. A la derecha de la cama, la bolsa de viaje de él está depositada contra la pared. Es una bolsa de tamaño

medio, de gruesa tela cruda, con dos varillas de madera que se juntan para cerrarla y un asa de cuero natural. Los huesos de sus nudillos golpean la almohadilla de los labios mayores. «Dilo. Di “me gusta, papá”». Ella lo dice. «Mmm. Sí. Otra vez. Dilo otra vez. Por favor. Una vez más». Saca los cuatro dedos que había hundido hasta el fondo. Vuelve a poner la boca en posición, sin dejar de amasarle el seno izquierdo, antes de aplicar los labios y apuntar la lengua hacia el interior de su vagina. «Dilo otra vez». Lame el interior, pasea la lengua hacia el pliegue de los muslos en cuanto la saca. Después baja más. Le humedece la piel hasta las corvas con un camino de saliva y vuelve a subir. Entonces se incorpora, apoyándose en los codos y en las manos, apoya el mentón en su vientre, bajo los senos, luego repta tendiendo el rostro hacia el suyo. Y le besa la boca con los labios empapados, tienen un sabor peculiar. Acto seguido retrocede un poco. «Mírame, di “me gusta, papá” mirándome a los ojos, vuelve la cara hacia mí, mírame y dilo. Enséñame la boca». Ella lo dice. «Mi gran amor, ¿te importa darte la vuelta ahora?». Ella sigue de espaldas. «Date la vuelta». Ella se pone de lado, la mejilla sobre la almohada, un brazo metido debajo. Pegándose a su espalda, la hace bascular hacia el colchón, el vientre contra la sábana, tras haberla empujado con su peso. Le acaricia la espalda un momento. Ella está boca abajo. El rostro vuelto de perfil, la mejilla apoyada en el codo doblado. Se sienta detrás de ella, a horcajadas sobre sus muslos, se acaricia el miembro tenso por encima de sus nalgas, diciéndole que tiene una espalda preciosa, con bonitos y anchos hombros. Y una hermosa piel uniforme. Sin manchas que la afeen, ninguna peca, ningún defecto. Le dice que alargue la mano hasta la mesilla de noche de él, la que está contra la pared, que abra el cajón y le pase el tubo de vaselina que compraron la víspera en la farmacia. Ella levanta la cabeza de la almohada, desdobra el codo, extiende el brazo hasta el cajón de la mesilla de noche, sobre la que siguen las gafas de gruesos cristales, con su efecto de desenfoque sobre el mármol, vetado de rojo, y sobre las líneas que zigzaguean en la superficie. Desplaza apenas el busto, unos centímetros, para alcanzar el pomo del cajón, tira de él, mete los dedos en el interior, palpa el fondo, los lados, en busca del tubo, palpa, lo encuentra, lo coge y se lo tiende. Él se unta el miembro generosa, abundantemente. Luego le aplica una gruesa gota de producto en la hendidura de las nalgas, a fin de preparar el paso de su pene. Le dice que no debe tener miedo. Que a muchas mujeres les duele porque la mayoría de los hombres no saben hacerlo. Que a Marianne le gusta hacerlo con él, se sienten bien cuando lo hacen, y que según ella es uno de los pocos hombres que saben hacerlo. Le pide que levante la pelvis. Que se apoye en los antebrazos. Con la cabeza entre los brazos. «A gatas no. Así no. Apóyate en los antebrazos». Que descanse el pecho en el colchón y suba las nalgas hacia él, de rodillas, como si quisiera zambullirse hacia delante en el colchón. Le dice que eso se conoce como «la unión de la galga». Que está preciosa. Con sus bonitas nalgas bien separadas. «Sí. Así». Apoya la mano plana sobre el agujero en la raja abierta de sus nalgas. Cierra los ojos un breve instante. Vuelve a abrirlos. Coge el miembro con la mano derecha, a fin de

poder dirigirlo, la otra está posada en la nalga de ella. Mira el orificio hacia el que se dispone a apuntar. Y que no quiere fallar. Le dice que se relaje. Que pase la mano por debajo, bajo las nalgas, entre las piernas, hacia él, sólo un segundo, para sujetarle el miembro mientras él la penetra, al principio, con objeto de que se dé cuenta de lo que hace y se sienta tranquila. Y que luego vuelva a apoyarse bien en los antebrazos. Que separe y relaje al máximo los músculos que utiliza cuando va al lavabo. Que los abra bien y los distienda. Para ofrecerse adecuadamente. Sobre todo que no los contraiga si no quiere que le haga daño. Y empieza a introducir el glande, al principio entre los globos de las nalgas bien separadas, aún no ha entrado en el ano, está justo al borde, pero ella vuelve a aplastarse de golpe sobre el colchón y aprieta las nalgas. Él le hace notar que quizá sea la única vez que lo haga en toda su vida. Que tal vez no se le presente otra ocasión de hacerlo. Allí. Ese día. A lo largo de toda una vida. Que la mayoría de las mujeres nunca lo hacen. No saben lo que es. Jamás han tenido ocasión de hacerlo. Que muy pocos hombres lo hacen. Que ahora tiene una posibilidad que quizá nunca más se le ofrezca en toda su vida. Que tal vez no se vuelva a presentar. Y que si se vuelve a presentar, al menos ya lo habrá hecho. Le dice que la quiere. Y no tiene motivo alguno para hacerle daño. Que desea su placer. A las preguntas que ella se plantea, responde que no ve en qué podría comprometer su futuro lo que están haciendo y perjudicarla más adelante en su vida amorosa. Que, por el contrario, la ayudará. Porque ahora, al menos, sabe lo que es un hombre que la ama. Lo recordará, eso la ayudará en sus futuros encuentros. Tendrá con qué comparar. Cuando conozca a hombres que no la quieran, se dará cuenta. Pese a todo le propone hacer una pausa, lo justo para relajarse, y volver a intentarlo más tarde. Ella sigue boca abajo, ha vuelto a apoyar la mejilla en el codo. Ahora del otro lado, mira hacia la otra mesilla de noche, sobre la que se encuentra su libro de Gilbert Cesbron. El que cogió la víspera se ha quedado en el segundo dormitorio. Se cubre la parte inferior del cuerpo con una punta de la colcha. Él la retira. Vuelve a ponerse a horcajadas sobre sus muslos. Observa sus nalgas mientras las amasa con las manos. Le dice que, por lo general, las mujeres que tienen senos preciosos no tienen bonitas nalgas, y a la inversa. Que cuando él era estudiante, durante una época tuvo dos amantes, a las que veía alternativamente, una tenía unos senos preciosos, Frida, la otra unas caderas excepcionales pero sus senos carecían de interés. Que Marianne tiene bonitas nalgas pero el pecho es inexistente, la punta, sobre todo cuando está erecta, o mojada, parece desproporcionada en un busto completamente plano, pero que sus pezones son muy sensibles cuando los cosquillea, más que los de muchas mujeres más desarrolladas. Nunca usa sujetador, no lo necesita, y a él sus senos le recuerdan un poco a dos huevos al plato, con sólo la punta, prominente, erguida en el centro. Ante esta representación, sonrío con ternura. Repite, como ya le ha dicho, que lo encuentra conmovedor. Su mujer tiene senos pequeños, pero que se adaptan bien a la mano, ocupan toda la palma. Dice que sus nalgas no tienen nada de extraordinario pero resultan simpáticas porque juega mucho al tenis. Que va todos los días a su club, y

para mantenerse ocupada incluso ha asumido ciertas responsabilidades en él. Le dice que la vez en que hizo el amor con Frida y una de sus amigas resultó muy tierno, que no fue premeditado, se presentó la ocasión, surgió naturalmente, las cosas se encadenaron sin haberlas calculado, y que eso fue lo maravilloso, que al principio la amiga se sentía incómoda, intimidada, cuando él entró en la habitación de Frida, donde la amiga se estaba cambiando, él le dijo que tenía bonitos senos, luego llamó a Frida, elogió a su amiga ante ella, le cogió la mano y la dirigió hacia el busto en cuestión, la amiga se quedó sorprendida, pero acabó por acceder y se dejó ir. Que nunca ha disfrutado momentos como éstos con su mujer. Pero que tiene muchas cualidades. Que es muy alegre y muy comprensiva. Por su parte, él no le impide hacer lo que le apetezca, tiene un amante, un chico a quien él conoce, un tipo carente de interés. Cambia de postura. Se levanta de los muslos de ella, sobre los que estaba sentado, y se tumba. Se tiende de espaldas. Pegando el costado al de ella, que sigue boca abajo en la misma posición, la mejilla apoyada en el codo doblado, el rostro en dirección a la puerta, la mirada entre su mesilla de noche y la bolsa de viaje de él, apoyada contra la pared. Le pide al oído que se siente a su vez sobre él, a horcajadas. Ella se desplaza. Que se quede erguida y se coja los senos con las manos. Como si se los presentara. Sonríe. Le dice que son preciosos, y que no sabe cuál elegir. Le habla de usted. Le dice que uno es mayor que el otro. Pero que el más pequeño está mejor formado, que vacila en la elección. Que el mayor no está tan bien formado, no es tan turgente, tan erguido, es más redondo, más caído, pero más apetitoso, precisamente a causa de su imperfección. Luego, que puede soltarlos y dejar que vuelvan a caer sobre su pecho. Le pregunta si sabe cómo averiguar si una mujer tiene bonitos senos. Le explica que la mujer debe mantenerse erguida, como lo está ella ahora, entonces se desliza un lápiz bajo cada pecho, que si el lápiz cae es que tiene hermosos senos, mientras que si se sostiene... Le pide que se incline hacia él. «Un poco más. Más». Y que pasee las puntas de los senos sobre su torso. «Mmm». Le dice que está dotada, es sensual, que le gustan sus gruesos pomelos, que es mejor que no sean más grandes, no le cabrían en la mano. Le pone la mano delante del rostro, a la altura de los ojos. Y le hace observar que no es muy grande. Se la presenta con la palma plana, los dedos pegados. Como contra una pared invisible. Le dice que arrime la suya. Están palma contra palma. La de él es mayor. Pero la forma, idéntica. Tienen exactamente las mismas manos. También los mismos pies. Le coge los senos. Dice que están adaptados a la perfección al tamaño de sus manos. «Mira». Separa los dedos, que encierran cada uno de los globos. La carne asoma por los intersticios, entonces abre la mano, libera el seno, vuelve a cogerlo, se divierte con esa materia móvil, con su elasticidad, su mano parece tener el poder de modificar el diseño, el modelo, la densidad, oprimiendo la parte de arriba, la de abajo, el lado, a voluntad, de hacer que parezcan hinchados, deshinchados, por un lado o por el otro, como las dos ampollas de un reloj de arena, que uno puede invertir, como si jugara con una bola de pasta para modelar de una flexibilidad excepcional, que se presta como ninguna otra cosa a

su deseo de triturar, bamboleando uno y otro entre las manos, zarandeándolos por turnos, como el boxeador que envía entre sus puños, primero hacia un lado y luego hacia el otro, en un rincón del gimnasio antes de subir al *ring*, el balón fijo con el que se entrena, pero que él, en lugar de atizarles como un loco, sólo asesta golpecitos afectuosos, como a un edredón de plumón de oca, mullido y que no corre el riesgo de perder las plumas. Tira de la punta. Vuelve a atrapar el volumen total en un puñado. Tira de él. Masajea de nuevo. Retrocede. Mira. Empieza otra vez. Bambolea. Como si ya no pudiera parar. Con la mirada de quien se halla a solas con sus pensamientos, desconectado por un instante. Luego le dice que se dé la vuelta. Que se siente a horcajadas sobre él pero al revés, del otro lado, la cabeza hacia los pies de la cama, en dirección a la ventana, las piernas dobladas a uno y otro lado del cuerpo de él, y las nalgas hacia atrás, bien abiertas sobre su pecho, un poco como para el 69, pero esta vez más lejos de su rostro, que él incorpora, doblando y acercando la almohada bajo su cabeza. Después quiebra el cuello, apoya el mentón en el pecho. Y observa la doble abertura que tiene en línea de mira. Delante de la ventana, entre la tele y el sillón, junto al que se encuentra la bolsa de viaje de ella, de piel de imitación marrón claro, flexible, con una cremallera en la parte superior, hay un pequeño velador con un pie de hierro forjado y el tablero de cristal ahumado, sobre el que se encuentran un búcaro para una sola flor, vacío, y un cenicero de propaganda. Las dobles cortinas amarillo y marrón medio abiertas enmarcan el visillo, que empaña el cristal y hace que el jardín aparezca como detrás de una nube transparente, una campana de cristal más o menos deslustrado, más o menos limpio, más o menos sucio, que parece proteger algo más o menos irreal o real. En primer plano, en el alféizar de la ventana, dos urracas y su cotorreo agresivo, más allá el paño de cocina naranja que sigue ondeando al viento, y el sillón de castaño caído en el suelo patas arriba. En la esquina izquierda del jardín, con algunas ramas invadiendo la casa del vecino, una lila que volverá a florecer dentro de unos meses. Como la que había en su jardín cuando era niña. Había un gran jardín delante de su casa que llegaba hasta un río, una amplia alameda descendía hasta ese río, en el que de muy pequeña, un día en que iba en su triciclo por la alameda pedaleando a toda velocidad, había caído por no haber sabido frenar, arrebatada, lanzada como iba en su impulso, había caído al agua con el triciclo, y salió deshecha en lágrimas con la falda empapada, su madre acudió desde el fondo de la alameda, en su jardín había una lila, un cerezo, un melocotonero, fresas, lirios, un ciruelo, perales, y al borde del agua un lavadero en el que su madre se metía para lavar la ropa en el agua del río. Cuando había un pájaro muerto en el jardín, se organizaba un entierro al pie del cerezo. Él le dice que eche un poco atrás las nalgas, hunde la nariz en la raja, pega la boca muy abierta a los labios mayores, los separa, observa, le dice que los mantiene apartados para que ella misma pueda meterse el dedo y notar lo cálida que está su vagina. Ella lo hace. Pasa la mano entre los cuerpos pegados de ambos, nota las mucosas acolchadas, y vuelve a subirla por el mismo camino. Él cambia de postura. Le dice que se quede como está, boca abajo, la

cabeza en dirección a la ventana, mientras él sale de debajo de ella. Se sienta en el colchón, desplazándose hacia el centro, luego se tiende atravesado en la cama y apoya la cabeza en su muslo. La mirada en el techo, una mano en su tobillo y las piernas en el vacío por encima de la alfombrilla, así, en esa posición, perpendicular respecto de la cama, le dice que de niño era melancólico, que se marchaba completamente solo a la garriga, soñaba despierto durante horas, en las vacaciones de verano, cuando en compañía de su madre y de su hermano abandonaba París para ir al Midi. Y que luego su melancolía desapareció. Que buscó una esposa alemana expresamente, por la atención que dedican a los hombres, que habría podido ser una japonesa, pero que quería una de esas dos nacionalidades, preferentemente una alemana, por la cultura y la lengua. Le habla de sus amigos, sorprendidos al darse cuenta de que tiene sentido del humor cuando los acompaña a una cena, que le gusta reír, que se muestra alegre, divertido, la imagen que tienen de un intelectual es la de alguien aburrido, les sorprende desengañarse. Para ponerle ejemplos de su tipo de humor, le cuenta una escena que tuvo lugar en la cafetería de su oficina recientemente. Estaba sentado en el bar, llega un tipo, ve sobre la barra un pan más o menos con forma de estrella, pregunta al camarero si es una estrella. Éste responde que no tiene ni idea, va a atender algo más allá, y luego vuelve. Entretanto, el tipo se ha ido. El camarero pregunta a la gente acodada en la barra dónde está. En ese momento, él, señalando el pan sobre la barra, responde: «Se ha ido porque no estaba seguro de que fuera una estrella». Le pide que se dé la vuelta, que se ponga de cara a él. Que le mire. Sus labios parecen los del actor Jean-Louis Trintignant, finos, estirados. Tiene la misma sonrisa. El intervalo entre la nariz y el labio superior es bastante ancho. Su cabello es castaño oscuro, fino, ondulado, suelto. No tiene una sola cana. Los mechones de delante le caen en una onda suelta sobre el lado. Los de detrás bajan un poco por la nuca. Tiene los ojos glaucos en el sentido literal de la palabra. Verde azul marrón, una mezcla indiscernible, pequeños y almendrados. La punta de la nariz es algo cuadrada. Entreabre los labios sobre unos dientes de fumador, pequeños, bien alineados, bien dibujados, regulares, pero amarillentos en los intersticios. Es de estatura media. Metro setenta y siete o setenta y ocho. Le dice que recoja el tubo de vaselina, que ha caído en la alfombrilla de su lado, que se lo pase y que vuelva a ponerse boca abajo, pero no como hace un rato, sino sin levantar las nalgas, normalmente, plana. Que no se mueva, no haga nada, que él se ocupa de todo. Se sitúa de rodillas detrás de ella. Coge una almohada, se la coloca debajo del pubis para levantarle la pelvis, «Sobre todo relájate bien», coge el tubo de vaselina y con una porción recién extraída le acaricia el ano con el dedo untado, extiende la porción muy ampliamente, introduce parte del producto en el interior del orificio y generosamente sobre el perímetro, y termina untándose él el sexo. «Respira hondo». Quiere entrar muy suavemente, mientras ella espira, para que no le duela, pero le avisa de que al principio, antes de que el agujero se ensanche, la penetración puede parecerle un pelín dolorosa, que todo irá bien si se relaja y se abre. Le dice que

levante el busto a fin de que pueda acariciarle los senos con las manos, le pide que arquee los riñones, que se eche un poco más hacia atrás, apoyándose en los antebrazos, para que él disponga del espacio necesario entre el colchón y su busto y pueda cerrar y abrir las manos sobre sus hermosos senos. Ella se apoya en los antebrazos, arquea la espalda. De ese modo, apoyada en los codos, afloja la cabeza, que cuelga hacia abajo, enganchada a su cuello. Él le dice que sus pezones le acarician el hueco de las manos. Ella lo ve. Con la cabeza colgando, ve lo que ocurre debajo de ella. Ve los dedos que masajean el pecho, transformado por la gravedad en dos conos atraídos hacia abajo. Yergue la cabeza, ve la pared frente a ella, mientras él empieza a hundirse. En la pared hay un crucifijo con una brizna de boj seco. Él es ateo. La primera vez que se lo dijo, ella, que en su primera comunión lloró cuando la procesión empezaba a acercarse al altar, a tal punto que ni siquiera lograba dar forma a su boca y adelantar los labios para soplar en el cirio, cuya llama debía apagar como se había previsto en el ensayo, en ese momento, al ir hacia el altar, justo tras haber cogido cada una la mano de su madre, las cuales se reunían con ellas en mitad del pasillo para acabar juntas el recorrido, se quedó desconcertada. Él le suelta los senos. Le dice que vuelva a tumbarse plana por completo, con el vientre sobre el colchón, que deje de apoyar los antebrazos. En esa postura aprieta demasiado las nalgas, se contrae. Se tiende sobre ella, sobre su espalda, aplastándole el vientre y el busto contra el colchón. Ella estira los antebrazos por debajo de la almohada y yergue la cabeza. Él le introduce el extremo del pene en el ano. La vaselina facilita el paso más que la víspera porque ha puesto más. El miembro desaparece en su ano hasta la mitad. Él lo frota por el interior. Sale de nuevo, en parte. Luego vuelve a entrar, hasta el fondo. Y eyacula. Tras varias acometidas. Ella afloja la cabeza, se derrumba. Llora. Él va en busca de una toalla al cuarto de baño, vuelve al dormitorio para enjuagarle las nalgas. Le dice que pare. El volumen del llanto aumenta. Le dice que no grite. No para de sollozar. «No tan fuerte». Le dice que está siendo ridícula. Que con esos profundos sollozos parece una cría. Una cría deshecha en lágrimas. Tiene hipidos. Le dice que es el colmo. Ella sorbe por la nariz. Se vuelve de espaldas. Se apoya en las manos para sentarse en la cama. Sin dejar de llorar. Planta los pies en la alfombrilla. Y sale de la habitación para ir al cuarto de baño a ducharse. Él salta de la cama para recoger *Le Monde* de la víspera, que había caído en la alfombrilla, se pone dos almohadas tras la espalda, despliega el periódico ante sí, empieza a leer, y entonces se levanta y se lo lleva al aseo.

Ella sale del cuarto de baño, más calmada. Con una toalla enrollada a la cintura y una camiseta limpia. Se coloca ante el armario abierto de par en par para elegir la ropa que se pondrá ese día. Los ruidos de alguien que se esfuerza llegan desde detrás de la puerta cerrada del aseo. Él hace fuerza. Y luego resopla. Ella se dirige a la cocina para coger las llaves del coche del cenicero. Después sale de la casa, abre el maletero y en una caja de cartón encuentra *Vie et Langage*, la revista de la que le ha hablado, donde aparece publicado su artículo sobre la pronunciación de la W. Su

nombre figura en el índice, y al lado, «La “w” ¿es una letra francesa?». Se sienta junto a la ventana que da al jardín, en el silloncito. Son cinco o seis páginas, ilustradas con el dibujo a tinta de una W, sacado de un diccionario antiguo, cada palo aparece adornado, perfilado, repetido. La portada de la revista es en naranja y negro, la V de *Vie et Langage* cruza toda la página, como si fuera un ala, un ave que emprende el vuelo. El ruido de la cisterna indica que él no tardará en salir. Sale. Entra en la habitación. La ve leyendo en el sillón junto a la ventana. Le dice que algunas frases fueron censuradas por los editores. Por ejemplo, para decir que los mismos periodistas de la televisión se equivocaban al pronunciar la W en francés, había escrito originalmente «Los incorregibles de la ORTF que no ven más allá de la sombra proyectada por la Torre Eiffel», esa frase fue suprimida, le enseña el lugar donde habría debido figurar. La reconstruye completa para ella. Coge los pantalones de pana marrón del armario, un polo limpio y un jersey. Ella sale de la habitación para ir a su vez al aseo. Un olor muy intenso y desconocido la impacta.

Ya no tienen tiempo de dar una vuelta por el pueblo antes de comer, ni de ir a ver la resurgencia en el camino hacia el restaurante que reservó la víspera, da un rodeo para detenerse en una aldea y comprar *Le Monde*. Llegan al restaurante, les toman nota, él elige setas seguidas de un Chateaubriand con salsa bearnesa poco hecho, luego despliega la doble página que le oculta el rostro. «Ningún jefe de Estado europeo asistirá al funeral de Franco». Debajo, «Giscard d’Estaing acudirá a Madrid para la coronación de Juan Carlos I». La sala del restaurante está casi vacía. Un camarero trae unas aceitunas. Están sentados a una mesa redonda con un mantel hasta el suelo, él se quita el mocasín, le apoya el pie en la entrepierna, sin dejar de leer aplica leves presiones repetidas, como en las almohadillas de la pata de un gato, como si los dedos, y la base del pie, intentaran arrebujaarse allí, dobla a medias una de las páginas del periódico para verle los ojos, le sonríe. Le dice que está más guapa que hace un rato. «Sonríeme». Que tiene que dejar de llorar de esa manera. Con profundos sollozos, hipidos, sorbiendo por la nariz como una cría. El camarero trae el lenguado que ella ha pedido, prepara los filetes, los desprende de la espina central, pone el plato ante ella, un segundo camarero deposita el Chateaubriand delante de él y la salsa bearnesa al lado en una cacerolita de cobre. Una vez que han terminado, salen, dan unos pasos por la calle. A él el abrigo de cachemira gris y beige le roza las perneras de los pantalones. La fluidez de la tela le azota las pantorrillas mientras da unos pasos alrededor del coche fumando un cigarrillo, antes de subir de nuevo para marcharse. Pocos kilómetros después de la salida de la aldea, estaciona en el arcén y para el motor. La besa. Posa los labios sobre el superior de ella, lo humedece, lo mordisquea, lo atrapa entre los suyos, después acerca la boca a su oreja, explora el pabellón, luego el interior. Acto seguido le separa los labios como haría con los pétalos de una flor todavía sin abrir. Finalmente vuelve a acomodarse en su asiento. Toma de nuevo la carretera, le dice que de pronto ha sentido un enorme impulso de ternura hacia ella. Pisa el acelerador. Le dice que está en contra de las limitaciones de

velocidad, que en Alemania no las hay en las autopistas. Después le explica quién es Franco, ella ha preguntado quién era. Compara España con Grecia, y luego con Italia, Suiza, Holanda, Inglaterra y Alemania. Le habla de Nietzsche. Cita una frase suya en alemán que significa que a todo ser le conviene perseverar en su ser. Denigra la lengua inglesa por su imprecisión. Afirma que la lengua alemana es precisa, y mucho más dulce de lo que se cree, le dice que conoce un chiste al respecto. Entonces, con acento alemán muy suave, muy dulce, dice: «*Die Vögel singen in den Wäldern*», sonriente, y acto seguido, con un acento gutural terrible, duro, «los pajarros gorrjeanen la florresta».

A la mañana siguiente, le pone un cojín debajo de las nalgas, para levantarle un poco el pubis. Toma su mano, le coge el índice, dice que va a enseñarle lo que debe hacer para darse placer a sí misma. Las cortinas están medio descorridas. A través del visillo sigue ondeando el paño de cocina naranja, empapado por la lluvia. El sillón de castaño sigue volcado. Ni la araña del techo ni las lámparas de cabecera están encendidas. La única luz proviene del pasillo de entrada. De repente, llaman a la puerta. Él le dice que se quede en la habitación y que no se mueva. Recoge los pantalones, se pone un polo, abre la puerta, el vecino le pregunta si puede desplazar el coche un poco hacia un lado, pues no puede pasar. Va en busca de las llaves al cenicero de la cocina. Se echa sobre los hombros el abrigo que le azota las pantorrillas, tras haber comprobado que la puerta del dormitorio está bien cerrada, y sale de la casa, aparca el coche más cerca de la pared y regresa. Vuelve a ponerle el cojín debajo de las nalgas para levantarle el pubis. Le coge de nuevo el índice, lo lleva a su clítoris. Se lo hace mover. Él le imprime el ritmo, le hace describir pequeños movimientos circulares y después rápidos golpeteos. Le dice que la está mirando. Que le parece maravilloso que acceda a que la mire en esa postura, con las piernas separadas. Acto seguido le introduce en la vagina su propio índice. «Mmm». Le pregunta si alguna vez ha sentido ganas de besar en la boca a su amiga del colegio, esa de la que le habla sin parar y cuyos padres son viticultores. Le dice que se la describa físicamente. Le pregunta si tiene unos senos grandes, cómo son sus nalgas. Ella la describe. Entonces le pregunta cuáles son sus gustos en materia de belleza masculina, le especifica los suyos en lo tocante a belleza femenina, con ejemplos sacados de los actores y las actrices, le habla de su hija, Charlotte, dice que empiezan a despuntarle unos pequeños senos, que es encantador. Menea la cabeza, asegurándole que jamás ha sentido el menor deseo por ella. Cuenta sonriente que Chachou (repite la palabra, ella no la ha entendido, precisa que es su apodo y que todo el mundo en la familia la llama así) se queja porque dice que tiene el culo gordo. De repente, se levanta, abre el armario. Saca algo de dentro, vuelve a sentarse en la cama, le tiende un sobre. «Toma, es para ti». Ella lo coge, incorporándose en medio de la cama para sentarse a su lado. «Mira dentro. Ábrelo». Es una foto. La hizo él. Una foto de su hija, Charlotte, y de su hijo, Fabrice. Que pensó en cogerla antes de salir y olvidaba enseñársela. El niño es rubio. La niña, castaña clara. En la fotografía

se los ve en el p rking de su edificio. Sonr en ante los garajes de persianas metálicas. Ella inclina la cabeza hacia su hermano. Encima de los garajes se ven los primeros pisos del edificio, que es de piedra tallada. Ella lleva un abrigo a cuadros escoceses. Tiene la misma boca que él. La misma sonrisa, los mismos labios estirados a lo Jean-Louis Trintignant. El niño lleva un anorak verde con cremallera del mismo color, subida hasta el mentón. También él tiene la misma boca. Se los ve a los dos hasta la cintura. La foto está tomada oblicuamente. A causa del encuadre, el ángulo inferior derecho de la instantánea parece descansar en punta sobre el suelo del p rking. Ella la observa largo rato sin decir nada.  l le dice que puede qued rsela. Se la quita para depositarla en su mesilla de noche, junto al libro de Gilbert Cesbron. Se sienta frente a ella cruzando las piernas detrás de sus nalgas, se acerca al máximo para pegar su sexo al de ella. Le dice que le gusta su vello público. Que su felpudo es tan bonito como el de Marianne aunque no del mismo tipo, menos tupido, menos salvaje. Sonríe. Como alguien que piensa en algo y no sabe si decirlo o no... La mira fijamente, añade que antes de salir le dijo a Marianne que iba a Isère, que ya le había hablado de ella, que estaba al corriente de su existencia, pero que esa vez le hizo comprender con medias palabras —mira un momento por la ventana por encima del hombro de ella antes de clavar de nuevo la mirada en la suya— lo que había entre ellos, que dijo sólo lo justo para que comprendiera. Que lo entendió. Le pone la mano izquierda en la nuca, bajo el cabello, la coge del cuello para apoyarle la cabeza en la almohada, suavemente, haciéndola bascular sobre la espalda, a fin de que quede tumbada. Le introduce un dedo en la vagina y otro en el ano, le pregunta si le hace daño. La besa en la boca. Ella aparta la cara para tomar aire.  l se disculpa por haber olvidado decirle que cuando dos personas se besan en la boca, hay que respirar por la nariz. Le sube el camisón a modo de bufanda alrededor del cuello. Posa las manos en sus senos, se pone a gatas encima de ella, desliza el miembro entre sus pechos. Le dice que se lo toque mientras él hace movimientos de vaivén entre sus senos, luego se pone de rodillas, una pierna a cada lado del cuerpo de ella. Adelanta el sexo hacia su boca. Le separa los labios con el glande, que introduce entre ellos, tras decirle que separe bien los dientes, se lo hunde en la boca, lo más posible hasta el fondo del paladar. Ella menea la cabeza. Hace señas con la mano para indicarle que se ahoga.  l saca el miembro. Y se corre en su pecho. Después le extiende el semen sobre los senos. Al tiempo que le dice que no los tiene caídos. Que en las mujeres que tienen los senos grandes, cuando se tienden, por lo general la superficie queda aplanada y se forman dos gruesas bolas que caen a uno y otro lado del torso, porque son grandes pero carecen de firmeza. Y que en esos casos suelen resultar fl ccidos al tacto, lo que no es demasiado agradable.

Acaba de recordar que la víspera fue su cumpleaños. Pasar n por Vizille para comprar el periódico. Después irán a buscar algo a Grenoble para ella. Cogen el coche. Por el camino, él le pide su opinión sobre la pena de muerte, sobre Europa, sobre Giscard, sobre la emancipación de las mujeres. En Grenoble, entran en una

joyería, salen con un reloj de plata, que tiene la correa rígida y la esfera beige, después pasean por las calles del brazo. Ella le hace una foto en una plazoleta. Lleva la cazadora de piel marrón, los pantalones de pana, está en posición tres cuartos respecto del objetivo, con un pie adelantado. La cabeza algo ladeada. Se paran en un restaurante. Él despliega el biombo. En la primera plana, «El futuro de la Península Ibérica». Y más abajo, «Ajar rechaza el Goncourt por *La vida ante sí*». En el camino de vuelta, en el coche, él le pregunta si recuerda cómo se llaman los dos lados de una montaña. Luego se desabrocha el botón de los pantalones, le pide que le baje la cremallera de la bragueta y le chupe muy suavemente mientras él conduce. Llueve. El vaivén de los limpiaparabrisas de derecha a izquierda acompaña los movimientos que hace ella con la boca, de arriba abajo, de abajo arriba. Tiene calambres en los maxilares, su posición encima del cambio de marchas no resulta cómoda. De repente, vuelve a pensar en el sueño que ha tenido esa noche. Se incorpora para contárselo, se arrellana en el asiento, vacila un poco. Él le dice que van a volver enseguida a casa para recoger sus cosas. Que él se va a Carcassonne, y la llevará a la estación para que coja un tren y vuelva a su casa. Pisa el acelerador, el indicador de velocidad marca ciento sesenta. No dice palabra. Ella le suplica que no lo haga. Que no la deje sola. Que la lleve con él a Carcassonne como había prometido. Cuando llegan a la casa, él telefonea a la estación de Grenoble. Reúne sus cosas. Le dice que haga lo mismo. Prepara la bolsa. Ella prepara la suya. Guarda la foto en un bolsillo interior para que no se arrugue. Él comprueba que los cajones estén vacíos. Y el armario. Comprueba que no hayan olvidado nada en el dormitorio. Recoge *Le Monde* de la víspera, que se había quedado en el aseo. Coge la bolsa de tela cruda con el asa de cuero natural, la mete en el maletero. Deja la de ella en el asiento trasero. Le permite llevarse el ejemplar de *Vie et Langage*. Le dice que está nervioso, que se ha mostrado odiosa, que no tiene tacto alguno. Que dice cosas al límite de la incorrección. Mete la llave en el buzón, tal como acordó con el propietario. Ya le ha avisado por teléfono de que dejaba la casa un poco antes de lo previsto. El coche arranca. En la nacional, el indicador marca ciento cuarenta. Se detiene delante de la estación. Le abre la puerta desde dentro, luego sale, abre la puerta trasera, saca la bolsa marrón claro, se la tiende. La besa en ambas mejillas, le dice que no tiene más que escribirle, que de momento está nervioso, encolerizado, que prefiere estar solo antes que con alguien que carece hasta tal punto de delicadeza, que le cuenta un sueño insultante, ya no puede soportarla, no puede tenerla ante su vista. Durante un tiempo indeterminado. Pero que no se preocupe, volverán a verse, y que deje de llorar. Que eso no hace sino aumentar su nerviosismo. La acompaña hasta la ventanilla para comprarle el billete. Se marcha. Su tren llega dentro de tres horas. Hay corrientes de aire en el vestíbulo. Y varias hileras de sillas de plástico bajo los tablones de anuncios, delante del vendedor de periódicos. En la primera página de *Le Monde*, en grandes caracteres negros, «España, la extrema derecha moviliza sus tropas». A su alrededor la gente va y viene. Se sienta en una de las sillas de plástico. Nadie espera tanto rato como ella.

La gente se come un bocadillo o una pieza de fruta antes de coger el tren. También ella tiene hambre, pero no lleva dinero. Afortunadamente, tiene a sus pies la bolsa de viaje, que es lo único familiar de toda la estación. La mira. Y le habla.



Pierrette Marie-Clotilde Schwartz —Schwartz es el apellido de su madre— (Châteauroux, Indre, Francia, 1959) es una escritora francesa, novelista y dramaturga. Quizá es más conocida por su novela publicada en 1999 *L'Inceste* que narra una relación incestuosa con su padre. Este tema es recurrente ya que aparece en varios de sus libros anteriores, pero no está claro si estas obras son la autoficción y los eventos descritos son ciertos.

Notas

[*] En su acepción original, *con* designa los órganos genitales externos de una mujer. En sentido figurado y vulgar, equivale a «gilipollas». *Déconner* significa «cachondearse, decir tonterías». (N. de la T.) <<